



AMÉRICA

REVISTA DE CULTURA HISPÁNICA

CONTENIDO

GONZALO ZALDUMBIDE: Prólogo a la Romería de las Carabelas. — REMIGIO ROMERO Y CORDERO: Poemas. — HUGO MONCAYO: La Nueva España. — GONZALO ESCUDERO: Los Huracanes. — CESAR E. ARROYO: Santiago Rusiñol. — ANTONIO MONTALVO: Canto al Mar de Colón. — LA IDEOLOGÍA DE MONTALVO: Compilación de Alfredo Martínez. — ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS: Poemas. — R. CANSINO ASSENS: Poemas de la Ternura Indeterminada. — JORGE CARRERA ANDRADE: Tránsito. — FRANCISCO CONTRERAS: Origen de la Raza y la Cultura Hispanoamericana. — MANUEL UGARTE: El fin de las Oligarquías Latinoamericanas. — ANTONIO MONTALVO: Imán. — HUGO MONCAYO: El Correo de Ultramar. — SOLIDARIDAD BOLIVARIANA.

AÑO VI

Nº 45.



Imprenta Nacional

AMERICA

Publicación del GRUPO AMERICA

Directores:

Augusto Arias
César E. Arroyo
Alfredo Martínez

Suscripción, en América y Extranjero,
entrega de seis números:
Un dólar

Dirección postal:

GRUPO AMERICA,
Casilla 75. Quito, Ecuador. S. A.

A los escritores de lengua española

EL GRUPO AMERICA ruega, de una manera especial, a los escritores de habla española el envío de sus publicaciones para dedicarlas a la Biblioteca de Autores Hispanoamericanos. El Grupo remitirá en cambio, su revista y los libros que publique. El intercambio intelectual es indudablemente, el medio más eficaz de contribuir a la realización de los propósitos de concordia hispanoamericana.

GRUPO AMERICA

SOCIOS:

Arias Augusto
Arroyo César E.
Albornoz Miguel Angel
Bustamante Hipatia Cárdenas de
Barrera Isaac J.
Bossano Luis
Escudero Gonzalo
Jaramillo Alvarado Pio
Moncayo Hugo
Martínez Alfredo
Montalvo Antonio
Reyes Oscar Efrén
Sánchez Manuei María
Velasco Ibarra J. M.
Zaldumbide Gonzalo

SOCIAS COLABORADORAS:

Adelaida Velasco Galdós, en Guayaquil
María de la Torre id.

SOCIOS REPRESENTANTES:

Víctor Hugo Escala, en Venezuela
Guillermo Bustamante, en la Argentina
Benjamín Carrión, en el Perú
Hernán Pallares Z., en Inglaterra

LA ANTORCHA

Director:
José Vasconcelos

Gerente:
Carlos Desembrosis Martins

Suscripción:
Un año, 3 dólares 60 ctvs.

Dirección postal:
19, rue La Condamine, Paris

ELITE

Revista semanal ilustrada

Director-editor:
Juan de Garuceaga

Redactor literario:
Carlos Eduardo Frías

Suscripción anual:
60 bolívares
Caracas, Venezuela

PORTUCALE

Revista ilustrada de cultura literaria, científica, e artística

Directores:
Augusto Martins
Claudio Basto
Pedro Vitorino

Rua Dos Mártires da Liberdade,
178
Porto, Portugal

I M A N

Directora:
Elvira de Alvear

Secretario de Redacción
Alejo Carpentier

Suscripción anual:
Países de América, 3,50 dólares
5, Avenue Frédéric Le Play
Paris (VIIe.)

MONDE

Directeur:
Henri Barbusse

Redacteur en Chef:
León Werth

Comité directeur: Albert Einstein
P. Fireman, M. Gorki, M. Karolyi,
M. Morhardi, Upton Sinclair, Manuel Ugarte, Miguel de Unamuno

50, rue Etienne-Marcel, (Paris (2e.))

LA CRUZ DEL SUR

Revista mensual de artes e ideas

Dirección postal:
Calle Cerrito, 688

Montevideo, Uruguay

EMINENTE CREACION CIENTIFICA

Millares de certificados irrefutables de médicos, jueces, fiscales, jefes del ejército, ingenieros, sacerdotes, etc., etc.

¡ O J O S !

ENFERMEDADES DE LOS OJOS—PRODIGALUZ
ENFERMEDADES INTERNAS Y EXTERNAS—PARPADOS

Marca registrada según las leyes.

Preparado por el doctor J. MARTINEZ MENENDEZ

Condecorado con la Cruz del Mérito Militar por servicios profesionales. Especifico único en todo el mundo; que cura radicalmente las enfermedades de los ojos, por graves y crónicas que sean, con rapidez asombrosa, evitando operaciones quirúrgicas que con tanto fundamento atemorizan a los enfermos. Desaparición de los dolores y molestias a su primera aplicación. Eminentemente eficaz en las oftalmías graves por excelencia en las granulosas (granulaciones, purulenta y hemorragia, queratitis, ulceraciones de la córnea, rijas, etc.). Las oftalmías originarias de enfermedades venéreas curadas en breve tiempo. Maravilloso en las infecciones postoperatorias. Hace desaparecer las cataratas. Destruye microbios, cicatriza y desinfecta y cura para siempre. No más remedios arsenicales, mercuriales, nitrato de plata, azul metileno y otros tan temibles usados en clínicas. Las vistas débiles y canzadas adquieren prodigiosa potencia visual ¡No más neblina! ¡Siempre vista muy clara! ¡Jamás fracasa! En 99 por 100 de los enfermos curanse antes de concluir el primer frasco del específico. Salva de las espantosas tinieblas perpetuas. Cura sin quemar—PRODIGALUZ— Cura sin irritar. PRODIGALUZ eclipsa para siempre el tratamiento por los colirios conocidos hasta hoy y en todos los gabinetes oculísticos; colirio que en mayor parte de los casos no hace más que empeorar el mal, irritando un órgano tan importante como la mucosa conjuntival. El nitrato de plata, causa de verdadero terror de los enfermos y de muchas cegueras, lo hace desaparecer. Aplíquese en recién nacidos sin temor alguno.

PRODIGALUZ, CURA EL GLAUCOMA

PRODIGALUZ es completamente inofensivo, y produce estupendos resultados sin causar la menor molestia a los enfermos. Detie-

Concurso Literario Internacional

Invítase a los escritores de lengua española a un concurso para la celebración del primer centenario del nacimiento de Don Juan Montalvo.

Tema del concurso: Montalvo y su tiempo.

Carácter de los trabajos: biográfico, crítico o histórico.

Premio: la edición de la obra, que será entregada íntegramente al autor favorecido.

Jurado: Tres miembros del Grupo.

Plazo de entrega: el 31 de Enero de 1932.

Remítanse los trabajos a esta dirección:

Grupo América. Casilla 75. Quito, Ecuador S. A.

ne la miopía progresiva. ¡Enfermos de los ojos: estad seguros que curaréis en brevisimo tiempo, usando el portentoso específico PRODIGALUZ. (Exigid la firma y marca en el presinto de la cubierta). Pagos adelantados.

Precio del frasquito, cien pesetas o su equivalente en moneda del país.—Dirección exclusiva: M. CUADRADO — Madrid,— Limón 13— Envíos a todas partes. Pagos por cheque.— ¡Éxito infalible! Sin cocaína, atropina ni ninguna otra substancia peligrosa como se puede comprobar, sometiéndolo a un minucioso análisis cualitativo.

Exclusivo.

¡UNICO EN EL ORBE!

M. CUADRADO—Limón 13—Madrid (España).—Utilizad la vía aérea

PROLOGO A LA ROMERIA DE LAS CARABELAS

Gonzalo Zaldumbide

La primera vez que leí algo de este poeta, tuve la suerte de dar con un soneto bronceo, fulgurante, exacto. Y me dije: sometido a una disciplina como la del Parnaso, por ejemplo, este magnífico poeta concentraría sus dones y tendríamos, no sólo un poeta magnífico, sino un artista perfecto. Sin duda la evolución de los tiempos nuevos no lo querrá: tal vez lo disperse al acaso de sus mudables corrientes: será siempre un poeta, pero quizá no el que pudo, el que debió ser consubstancialmente.

De todos modos, aquí está este libro, lleno de imágenes y de aciertos. Ante tantos y tan felices hallazgos, lo que hemos ganado en variedad y abundancia seguramente compensa lo que hemos tal vez perdido al esperar fijarlo en una sola vena.

Hubiéramos deseado lo parnasiano. No porque esta escuela encerrase el secreto de la poesía, pues no hay escuelas, sino poetas, y el poeta de verdad lo es, por extravagante o absurda que sea la forma de expresión que adopte; sino más bien por cierta necesidad pública de ejemplos de conciencia artística, de exigente escrupulo estético y de vocación unívoca.

Cuando llegó la hora, ya pretérita, ya olvidada, del simbolismo, el concepto mismo de poesía abandonó el explotado campo que la razón y el sentimiento habían seguido, románticamente, cultivando de consuno, por el nuevo dominio, ilimitado, de una música etérea e inasible. Se oyeron voces inefables. Se las llevó el viento.

El parnasianismo fué luego como un intento de restauración superclásica. Poniendo en primer plan recursos estéticos antes postergados por el clasicismo y mal sostenidos por el difuso romanticismo, increíble relieve y consistencia al poder de expresión, e inaudita potencialidad poética a la precisión, a la plasticidad, al color genuino, al decoro suntuario y erudito, al

epíteto definitivo, al principio de la jerarquía y de la disciplina anterior. Era un arte leal, porque sometía la comprobación de su veracidad a la confrontación con la realidad vista con ojos expertos, sin entregarla a la cambiante, incierta, incoercible interpretación subjetivista, basada toda en resonancias interiores como eran las invocadas en última instancia por el simbolismo.

Desgraciadamente, duró muy poco. Y es grande lástima, en especial para nosotros que, no habiendo crecido bajo ninguna férula adoptamos como única norma el espíritu de rebeldía contra opresiones que nunca pesaron sobre nosotros. Nos sublevamos sin tener contra qué sublevarnos. Y entramos en la libertad sin haber pasado por ninguna escuela disciplinaria. Aún el academismo es útil, para luego destruirlo hasta la raíz: pero conociéndolo.

Así mucha gracia es, por ejemplo, que Remigio Romero Cordero, —(con estos nombres de estirpe lírica ¿por dónde podría escaparse de ser poeta?)— mucha gracia es, decimos, que este querido poeta, libre y bohemio de natural, se preste como por instinto a un orden, a una ley. Parece que su instinto le advirtiera las razones superiores, de necesidad interna, de virtud constitutiva, que invisiblemente asisten al ineludible determinismo de cierta belleza orgánica e incorruptible.

Le agradecemos el placer, ya raro, de unos cuantos sonetos exactos como aquel de mi recuerdo que no está aquí. En este hay otros muy bellos que autorizarían a su autor para aplaudirse conforme a la imagen tan bien traída por él, del gallo que acompaña su canto "con unos golpes de sus propias alas".

Rico en rimas, diestro en su manejo, no se consuela uno de que haya dejado algunos sin el toque final, sin el acabado del consonante, que no es para él eco vano o superfluo, sino remate y remache de un pensamiento bien incrustado.

Por lo menos, probada tiene su técnica y su facilidad, con esta su abundancia libremente sometida a felices trabas y a concientes limitaciones. Derecho tiene, pues, a sacudirse de ellas y a deambular como le plazca. Bien está que se mueva con desenfado por doquiera: que así su libertad bien ganada no es pereza mental ni manera de eludir las dificultades del oficio.

Prolijo sería seguirle en todos y cada uno de los aspectos que aquí presenta. Su simpática veleidad de virgilianismo, por lo mismo que nada tiene de procedimiento humanístico, ni sobredora con reminiscencias escolares nostalgias reales de cam-

po y de égloga, columbra una nobleza pastoril, de ingenuidad difícil de renovar, y da a ratos a su poesía un acento antiguo y eterno.

Un hábito campestre afluye a su recuerdo de urbano in-somme. Todo arcadismo de imitación es un preciosismo de sencillez. Y el arcadismo nativo de este poeta no deja de ser literario y hasta le ha puesto por elegancia mayor, cierto ribete de exotismo como es llamar Crisantema a una **chagrita** nuestra..... Afina, sutiliza imágenes como memorias evanescente de mocedad. Y pasa a darnos muestras de aliento largo y sonoro con la trompa épica, o de habilidades tenues con su pincel de lakista, o de narrador emotivo novelando en fluido verso episodios rústicos, o de invocador de razas autóctonas, plegando a ritmo castellano los nombres bárbaros.

Su ritmo preferido es el endecasílabo, y el soneto su arte predilecto.

Un soneto perfecto es un regalo de los dioses. Parece venir preestablecido y predestinado. Todo obedece en él a tan íntima correlación entre sus partes que parece ordenado por invisible gravitación, y poder girar sobre sí mismo siguiendo el número de su armonía interior, más perceptible al zumbir estremecida en las antenas de sus rimas. Es el placer completo del intelecto y de la sensibilidad, pues participa de la matemática y de la arquitectura, de la música y de la plástica.

Pero el rigor de un soneto parece a muchos impacientes sólo un abuso de la autoridad y despierta en ellos un prurito demoledor semejante al irrespeto y fastidio que mueve a la tendencia antimilitarista. Aquel acompasado desfile de rítmicos endecasílabos, llevando a su extremidad una rima como un trofeo en la punta de una lanza aquellos cuartetos en cuadro y el séquito de tercetos en formación como de parada, parecen tan forzados como la obsoleta solemnidad de la octava real y les espera la misma suerte.

Aun después del remozamiento romántico, parecía casta oligárquica la de los metros, vetusta jerarquía la de los géneros, disciplina militar la de las rimas, anticuada marcialidad la de los ritmos. Todo ello, y el martillar de los hemistiquios y la cesura odiosa como una censura, no podía perdurar sino como supervivencia de superstición escolástica.

Y pues la libertad de expresión era uno de los derechos del hombre, tenía que extenderse a la métrica y a la prosodia.

¿No podría el poeta decir lo que a bien tuviere como mejor le pluguiere? Lo democrático en literatura debía ser la facultad de hacer un soneto con cualquier cosa y en cualquier forma, o una oda con todo y con nada. Mientras menos se tenga que decir, mas libremente se lo dirá. Y así hemos visto poetas que se han dado por profundos en la medida en que permanecían ininteligibles.... De la libertad individualista se pasó a la arbitrariedad "genial" y de la espontaneidad primeriza de la "inspiración", al vagido informe de lo "subconciente". En eso estamos. Es lógico. Es, como en muchos otros órdenes de la vida, la última derivación de revoluciones necesarias en su principio.

El decreto supremo de Hugo: *les mots en liberté*, al instaurar y coronar la nueva era, aboliendo en primer término la diferencia entre vocablos nobles y vulgares, no agotó, ni ha agotado todavía su anarquizante virtualidad. De la mano potente y paciente del nuevo Emperador de la florida barba, las palabras recién libertadas salían ufanas de poder, por fin, expresarlo todo; pero aun cumplían un servicio obligatorio: el de la gramática, para una misión esencial: la de la claridad. *Guerre a la syntaxe et paix a la grammaire*. Aun en el primer arranque revolucionario, se vió que era menester mantener intacta la estructura de la lengua. Para que las mismas palabras manumisas viviesen libres y en paz con todas, era preciso que todas se insertasen en cierto orden lógico aunque disperso. Después hemos visto que ni eso se ha creído indispensable.

La République c'est la facilité, decía Anatole France. Y Emile Faguet, exprimiendo la substancia de este principio, concluía: *n'importe qui est bon a n'importe quoi, n'importe où et n'importe comment*.

La aristocrática república de las letras no podía preservarse largo tiempo del asedio puesto a sus almenadas tradiciones y artilladas reglas, por el espíritu invasor de las nuevas generaciones.

Los críticos, —profanos en el arte de componer versos— fueron los primeros en abrir brechas: y excitados los poetas nuevos acabaron de demoler lo que tanto les hubiera servido para sostener su numen al constreñirlo.

¿Qué importa? Siga nuestro poeta, no ya una norma, sino su ruta. Que el placer de marchar cantando no está en llegar sino en ir.

POEMAS

Remigio Romero y Cordero-

YO SOY ÁRBOL CAÑARI....

Idólatra barbarie de mis abuelos bárbaros....
Vengo de los cañaris adoradores de árboles....
Y todos los tatuajes internos de mi espíritu
son extinguidos árboles,
cuyos santos cadáveres
duermen el sueño paleontológico
en el subsuelo de mi América....

Yo soy árbol cañari.... La agudeza hierática
y el tino teogónico
prestigiaron la pompa de mi copa.... Totémicas
significaciones me dieron.... Los pájaros simbólicos
anidaron en mí.... Las tribus bélicas
declararon la guerra bajo mis ramas ágiles....
Bajo mis ramas ágiles
se besaron las vírgenes
y los mancebos épicos....
(Si sabían besarme los salvajes de América....)

Yo soy árbol cañari más viejo que el relámpago....
El metal derretido de la entraña plutónica
alimenta mi savia.... Yo vi los grandes pájaros,
los inmensos cuadrúpedos
que ya no son, y los hongos arbóreos....
Yo presencié, desde la ruda cúspide,
los fenómenos
cósmicos....

Mas, todo es nada ante la idea altísima
de haber sido adorado en lo pretérito....

Oh, cuando me adoraron mis bárbaros
de América.

LA TRISTEZA DEL SOL.

Treinta siglos de edad tenía el sol entonces,
y en plena juventud estaba el sol... Yo era
el sumo sacerdote y el príncipe, en la isla
heliocrática de Helianta....

La gran sacerdotisa se llamaba Helia Pyria....
Catorce abriltes vírgenes florecían en Helia....
y era tal su hermosura, que el sol —para poder
mirarla hasta de noche— se reflejó en la luna....

La ley del culto heliolatra
me mandaba no amar a la sacerdotisa,
mas yo la amé... Venido el solsticio primero,
en el bosque sagrado canté mi himnario erótico;
y, en el otro solsticio, Helia Pyria me amó....
Al primer equinoccio, le besé en las pupilas;
al segundo, en la boca;
y, el día de un eclipse total la sombra cómplice
sintió el epitalamio.

Inventé nuevos ritos:
hundir puñales de oro en pechos de paloma,
cuando era el perihelio o cuando era el aphelio;
hacer agua lustral del agua en que quedara
prisionado el último arco-iris del invierno;
beber, a grandes tragos, zumo de girasoles,
brindando por los dos crepúsculos del día;
deshojar heliotropos durante los eclipses;
cantar todas las noches la ausencia de la luz;
pronosticar el tiempo, la guerra y la victoria,
rasgando la garganta de los gallos del templo;
y besar las pupilas de la sacerdotisa
a la hora del levante, a la hora del cenit,
a la hora del poniente....

Qué hermosa era Helia Pyria... En las danzas hieráticas,
sus ojos se extasiaban en mis ojos; sus manos
se unían a mis manos; y ya no pude más:
puse en práctica el rito que causó la tristeza
sempiterna del sol....

Helia Pyria, Helia Pyria....

Sobre el mármol del ara danzaba siete vueltas
y, después de la séptima, besaba al sacerdote....
(Y el sol se entristecía....)

Siete veces hundíase en el agua lustral;
y después de la séptima, besaba al sacerdote....
(Y el sol se entristecía....)

Gritaba siete veces el claro nombre de Helios;
y, tras el grito séptimo, besaba al sacerdote....
(Y el sol se entristecía....)

Tomando siete besos de la boca entreabierta,
con la mano mandaba siete besos al sol;
y, tras el beso séptimo, besaba al sacerdote....
(Y el sol se entristecía....)

En son de despedida, siete veces doblaba
la rodilla ante el sol;
y, después de la séptima, besaba al sacerdote....
(Y el sol se entristecía....)

Entonces lloró Helios
como si fuera hombre....

Rogóme que dejara la bella isla de Heliánta,
y abrasó dulcemente el cuerpo de Helia Pyria....

Después....? Se quedó pálido....
Tomó media tristeza de la total tristeza
que en su esencia de Dios puso mi nuevo rito
y con ella me ungió....

Desde aquel día, entonces,
la tristeza del sol es mi tristeza....
Y la mía, del sol....

EL PAISAJE INFINITO

(Fragmento de "Egloga Triste").

I

Tendido al sol envejeció este llano . . .
Sobre él los soles tibios y los rojos
no pasaron en vano,
como el sol del otoño en los rastrojos:
de verdura inmortal le han recubierto;
y así vive, tendido al sol fecundo,
soñoliento una vez, otra despierto,
en un rincón del mundo . . .

II

El río, en la orfandad de la cañada,
tempa y destempla su cordaje de olas,
ensayando la lírica balada
de los que hacen los éxodos a solas . . .
En su orilla se duerme el bosque virgen,
el llano, la agría cuesta;
y, más allá, las cimas de los Andes,
con cielos infinitos en la cresta . . .
En su orilla se agrupa el caserío
de tejas rubicundas;
en sus ondas se van hacia los mares,
hojas muertas y flores moribundas;
alguna vez, astillas arrancadas
por hacha leñadora al tronco rudo;
y, como exvoto audaz de las manadas
que pacen lentas en el borde mudo,
vellones blancos, en viajar despacio
o asidos de las ramas inclinadas,
quiere detenerse . . . Y otras veces
pedazos de carbón, alguna pluma,
de pájaros anónimos,
de esos que cantan en la selva sumia . . .
Y, entre la romería de exvotos,
grandes copos de espuma
que, desde el remolino, vienen rotos . . .

III

Las grandes cercas vivas,
tristes y pensativas....

IV

Los rebaños de ovejas y de bueyes,
conformes con ser greyes....

V

Las senaras al sol, como los viejos
que salen a insolarse y a ver lejos....

VI

Recogidos en sí los totorales,
tras las quinchas y tras de los bardales....

VII

Lleno de algo extrahumano,
el silencio infinito, en lo lejano....

VIII

La vida en suspensión: dormido el valle,
y ni una alma en la calle....

IX

Mas, cuando el sol de América, fecundo
tiembla en la plenitud del meridiano
toda su luz cayendo sobre el mundo
para la injusta insolación de un llano....

LA NUEVA ESPAÑA

Hugo Moncayo

SUMARIO

En estos días España ha ofrecido un espectáculo no por esperado, menos interesante y que viene a prolongar el éxito de sus exhibiciones en la taquilla de la opinión universal. A sus ferias, a sus vuelos, a sus nuevos libros, he aquí que eslabona su gran salto político, su maravilloso fin de fiesta. España se remozca y deja el tiesto de albahaca para mejor ocasión: hay que hacer una nueva patria; hay que ser autónomos por fin. Y con la misma chulería con que el flamenco pone ante el cartel taurino su última perra gorda o su boina el vascuense o su botz el audaluz, ha formado la artillería de la nueva opinión, destituyendo un rey y creando un nuevo pueblo.

Porque para que el caso nos interese de verdad, debemos creer que se trata, no de una pirueta cívica ni de un cuartelazo pacífico, sino de una verdadera revolución en su más noble significado: como cambio evolutivo de sentimiento político, como nueva etapa en la aspiración de una sociedad, como integral dominio de las ideas democráticas sobre los mantenedores de la corona. Así, la República se ofrecería a la experimentación, no como un transitorio pasaje histórico, sino como una fundamental institución política. Y porque ahora parece responder a la voz más íntima de la Península, lo que fue desengaño en Sagasta, sacrificio en Prim, sueño desvanecido en Castelar, altísima aspiración en Azcárate o duda metódica en don Francisco Giner, no hay ciudadano del mundo que no esté dispuesto a jurar por el milagro de la España nueva.

EL FALSO DILEMA

¡Y claro! El tropicalismo ha creado su falso dilema: o el himno o la conminación; o la izquierda o el más bru-

moso ultramontanismo. O se acepta sin razonamiento, sin crítica alguna, la nueva posición revolucionaria o se sienta plaza de monarquista, imperialista, justicia mayor y alabardero de la alcoba borbónica! Tan unilateral, tan apasionada como injusta manera de concebir el libre examen es, sin embargo, fuente de opinión. Tenemos en nosotros, jóvenes de apariencia moderna, el índice del mentor levantado ante los ojos y el carrizo con que nuestros abuelos solían despertar a sus hijos para que canten el matutino Ave María, se acusa en mil formas estables en su intransigencia. Así pues, el monaguillo contemporáneo en estas pseudo democracias, desarrolla involuntariamente quizá, por la simple gestión del cultivo ancestral que en sí lleva, las larvas dogmáticas que revelan la negación más rotunda de un horizonte social, sin retóricas, mejorado.

1, 2, 3,

¿Era Giner quien decía que "la revolución debía hacerse desde arriba", en el sentido de que lo primero que debía preocupar a los españoles era el fundamentar, el generalizar las ideas de nación, de estado, para de allí deducir la forma de gobierno más adecuada a su fisonomía estatal? ¿Era su maestro Costa quien, cuando la guerra con los Estados Unidos, ya recomendaba la necesidad de la formación del alma nacional concordante con la vitalidad del pueblo y no dependiente de la desvanecida autoridad del trono? ¿Era Unamuno, el viejo sacerdote del Ateísmo, el exorcizador de las salamandras de la política, que puso en sus mejores páginas la desconfianza a "los profesionales" de la intriga palaciega, a los condotieris de los comicios electorales, a los declamadores ociosos de las provincianas asonadas?

Esas voces decidieron el credo de la nueva generación. Faltaba la serenidad que en Inglaterra hace considerar al Rey como un símbolo independiente de todo contagio de celo temporal, de toda flaqueza que lo torne influyente y dictador. Faltaba la aspiración que se ha dado en denominar imperialista, de supremacía en los pueblos de raza homogénea o de historia idéntica, que debía fundir el casco germánico o el latinismo galo, gran contrasentido sociológico. Faltaba la mina demiúrgica en su tentación del oro, fluyendo del agio, de la industria o de la piratería invencible de los fenicios del nuevo mundo.

Halían perdido pues su mejor significado, los blasones de Doña Urruca, el mandoble del Campeador, las Partidas de Alfonso, el águila de Carlos V, la Armada Invencible de Lope, el canto de Pelayo! En adelante tendríamos la cejijunta fachada del Escorial como un dique para la luz que no se ponía y las cantinelas de Aranjuez con la de Godoy, las triquiñuelas de Narváez o la desconcertada actividad de Cristina, decidiendo en Flandes, como en Filipinas, o en Marruecos,...

Por eso, la nueva generación recibió en carne fresca la inminencia de su actitud. Y la primera República dejó al recuerdo de su fracaso una enseñanza invaluable: la desconfianza hacia los **políticos profesionales** de D. Miguel, el ligerísimo desdén por la realeza ungida por el Señor que se ha quedado alejando en las inmortales páginas de los **Episodios Nacionales**, y la confirmación de que faltaba conciencia republicana, más aún, conciencia cívica. Don Santiago Ramón y Cajal en sus **Recuerdos** confiesa: "Los regeneradores del 98, sólo fuimos leídos por nosotros mismos"... Y estos regeneradores, ignorados por sus contemporáneos, creyeron de buena fe que su semilla había sido abatida.

EL ESTADO IRONICO

Waldo Frank expone en su vitrina: "Tal vez la tierra misma de España no es más que un símbolo de proceso. España es un desierto y es un jardín: una llanura seca y una montaña; un rojo estío y un invierno inclemente". Y añade: "El sentido español del honor es el esfuerzo de España para resistir y vencer el caos social de su tierra".

Fácilmente se puede derivar la enseñanza que significa esta observación. El estado de Fernando e Isabel,— creadores de España—, es el estado bicéfalo por antonomasia: si el uno busca tierras para acrecer sus dominios, la otra envía barcos para repartir su fe. Mientras Francia e Inglaterra cesan en sus contiendas espirituales, la Península renace a ellas: se cree predestinada y confía en la gracia eterna. Sus hombres desde entonces, vivirán de oratoria, de digna miseria, de honor castellano. Pero irremediabilmente sus barcos sufrirán dispersión; sus tercios, derrota; y su virilidad proverbial se recubrirá, lentamente, de diez capas protectoras de prejuicio, de holganza,

de blasón: como los sarmientos de sus tercias llanuras, la savia continuará fluyendo con una apariencia de herrumbre milenaria.

Es por esta diversidad temperamental, hermana de la variada influencia étnica, —constante a través del tiempo por la ineptitud de sus gobernantes o la derrota de la unificación ante el sello regional— que presenta España en estos días, tan interesante panorama.

A tal punto tiene repartidas estas cualidades, que nunca se pudo decir con más acierto que de ella, que el espíritu nacional no era sino la síntesis de tonalidades regionales. Quizá Ganivet, —un Guyau castellano—, afirmó justamente su tesis de que el porvenir de su país estaba no en la reconquista de Europa, sino en la expansión por África: gran parte de su virilidad de ella proviene y las manifestaciones gallardas de su violencia y de su melancolía, proceden de las páginas lentas de la "estratificada historia de Moghreb". El joven pensador quiso despertar a sus conciudadanos al chisporroteo del patriotismo, recomendándoles paradójicamente el abandono de sus falsas colonias occidentales, de su equivocada aspiración europeizante. Todo hablaba a la Península el lenguaje de Libia. Todo. La voz de Séneca los llamaba. El cielo de Agustín se abría ante ellos. Escipión había pasado por sus costas saludando a sus mujeres. Después, Córdova fué el seno turgente hermano de Bagdad en la opulenta huri del Omniada, y un milenio adelante, los arabescos y los ojos negros blandían el alfange de la pasión, y: en el amor como en la política.

Sólo Unamuno respondió. España abrirá los ojos "a las corrientes ultra pirenaicas". Se reintegrará a Europa; limará así la zalla que la Inquisición puso entre ella y el continente. Al cabo de cuarenta años, el mismo maestro pronunciaría su célebre discurso de agradecimiento por los homenajes recibidos a su retorno de Hendaya, el año pasado: "He vuelto ahora que parecía que estas cosas nuestras habían cambiado y he encontrado un máximo miedo. Los republicanos tienen miedo a la República; los socialistas al Socialismo, y este miedo no es más que el deseo de no cargar con las mínimas responsabilidades".

Estas frases me recuerdan aquella apreciación de Posada en su *España en Crisis*: "Nadie tiene fe... Ni quizá en sí mismo!"

¿Tendría pues, razón Ganivet?

LA FORMA DE GOBIERNO

La etiqueta con que un sistema de gobierno se presenta, carece de fundamental importancia para la realidad misma del civismo. Hay monarquías de mayor vida democrática que nuestras repúblicas sudamericanas. Las hubo con espíritu monárquico como la tercera francesa; con ideología teocrática como la garciana; de absolutismo feudal como la del doctor Francin; oligárquicas como la porfirista. La monarquía representativa inglesa, tan bien descrita por Stuart Mill, ha compendiado las inmutables características de la Corona tradicionalista con el devenir ambicioso de las multitudes, señoras de su gobierno. Porque lo que determina una monarquía, no son los blasones, no son las órdenes nobiliarias, no son los privilegios en sí mismos, sino el hecho del poder personal irresponsable, así como las repúblicas se denuncian, no por el gorro frigio ni las canciones liberales, ni mucho menos por los simiescos caudillos, sino por la conciencia pública de responsabilidad en la gestión administrativa, de amovilidad en las magistraturas, representación de la soberanía, que se manifiesta por la presencia inmanente del ciudadano en los torneos electorales.

Azcárate, el mismo Giner, Posada, juzgaron preferible a la implantación de la República como "etiqueta política", la reforma del Senado español tal como en Inglaterra entendieron el problema respetando la corona sin perjuicio de transformar el Parlamento en lo que de tradicionalismo representaba. Y así la actividad de los lores en 1911 dejó de considerarse como la balanza en la marcha gubernativa del Imperio, y pasó esta fundamental atribución a la de los Comunes, productos inmediatos de la marejada cívica.

Ante todo se quería evitar algo que fatalmente ha sucedido, y que en nuestro entender es la preocupación primordial del momento, para todos cuantos han arrimado su esfuerzo a la gran obra iniciada: la separación de Cataluña, la fragmentación de España en tantos pequeños estados como regiones presenta.

Por eso había quienes creían encontrar la fórmula salvadora para su patria, no en la desaparición de la realeza, sino en la reforma de las instituciones, como para mantener al león rampante en el museo de la tradición, mientras las Cortes, alimentadas por la Universidad y el Taller, hallaban la manera

que decía ya Alfonso el Sabio en sus *Partidas*: "El ayuntamiento de escolares y maestros"....

IDEARIO DE LA REFORMA

Aquellos hombres sostenían que este **ayuntamiento** podía clarificarse atacando un nuevo estatuto que partiera de una política verdaderamente democrática, radical, "de nuevo liberalismo", con el programa de nuestro ya caduco 95.

Capítulo fundamental era la secularización del Estado para que se desvaneciera así el teocratismo y pudiese surgir la libertad de conciencia, innegable garantía de un pueblo culto. La reforma constitucional significaba la del Senado, la del organismo burocrático, la de la constitución misma de la milicia administrativa. La reforma social debía abarcar lo económico, aceite sobre el cual gira lo constituyente de la sociedad en sus relaciones de trabajo, de dependencia y de autonomía; y lo educativo, consignando la escuela laica, neutra. Hasta el Rey así lo juzgó indispensable: en 1917 se inició la reforma.

El espíritu tornadizo, emotivo, impresionable de España se detuvo aparentemente. El mismo Azcárate al abandonar el Palacio, luego de una conferencia con el último Alfonso exclamó, refiriéndose al Rey liberal:

—Han desaparecido los obstáculos tradicionales!

LOS HOMBRES DE CUARZO

Pero el Ateneo se fundó, las cosas de Cataluña empeoraron, la dictadura fué inevitable y el milagro de España tuvo su anunciación mesiánica en la palabra, en el libro, en el meeting, en el destierro, en la escaramuza precursora del fusilamiento o el confinio.

La nueva juventud ha seguido la enseñanza de sus maestros actuales, hijos de aquellos que lloraron la derrota de España en Ultramar y con el viejo Costa, del lamento arrancaron el conjuro a la regeneración. Ortega y Gasset que como las garrafas de Rioja deja adivinar el rojo manantial de un milagroso espíritu en un envase cristalino, ¿no decía a la juventud bilbaina en 1917: "España es un dolor enorme, profundo, di-

fuso: España no existe como nación. Construyamos España: que nuestras voluntades haciéndose rectas, sólidas, clarividentes, golpeen como cinceles el bloque de la amargura y labren la estatua, la futura España magnífica en virtudes....", para después en *El Espectador*, ratificarse: "España es una vasta ruina tendida de mar a mar, entre la Maledetta y Calpe"?

Pues bien, esa vasta ruina, como aquellos vetustos paredones que la historia ha diseminado en su olvido de siglos en las tierras que fecundó un día y sirven de asilo, cenáculo y refugio a los conspiradores de siempre, ha florido en el más formidable despertar.

El sueño de los hombres del 98 tienen su valor actualizado porque es ya verdad en sus hijos, hermanos menores de Ortega, de Jiménez de Azúa, de Marañón, del altísimo Azorín, de Marcelino Domingo, de Pérez de Ayala, de Besteiro.... Y lo hermoso, lo atractivo en este movimiento, es su larga voz de tempestad cuajada lentamente, su chirrido tenaz de eslabonamiento de un convoy de opinión empujado por todo un pueblo hacia una difusa perspectiva. Se presentía la caída monárquica como un hecho definitivo en la historia española. No como antes, cuando la *Reina Discreta*, que diría Romanones en sus *Memoorias*, confiaba a Canovas y a Sagasta el simular el alfonsismo sin base material en el pueblo y se desangraba la Metrópoli en una contienda absurda, pese a la voz del ilustre Pi y Margall, —el único que por ver claro, sufría ofensa—, sino como una ambición universal que se vigorizaba con las represiones y adquiría paso rítmico de avance, con la serenidad de los grandes hechos.

Quito.

LOS HURAGANES

Gonzalo Escudero

América, tierra negra con alas!
Y los poetas muertos no irán a los sarcófagos
de rosas, sino a todas las fauces de los cráteres.
Así, América será una tempestad encendida en la noche
y un resplandor de llamas en el día.

Poetas, apagad todas las lámparas,
si arden los Sinaís de las palabras,
si somos pedernales,
que hacen saltar en cada chispa
el improntu de la tierra.
Tembor unánime que pasa
por nuestras vértebras de cóndores.
Alarido de Job
que despierta a los lobos.
Naufragio de los bosques pretéritos
que oyeron el primer arcabuzazo
de los hombres blancos.

Rocas verticales que caen como dóimenes
sobre los páramos de briznas de oro.
Ventarrones de humaredas distantes.
Montañas que se encabritan como potros.
Ríos torrenciales que se derrumban
con epilepsia de dioses jóvenes.
Garra del ventisquero humeante.
Carne de cobre que se incendia
bajo el palio de los cactus.
Boas que viajan como trenes aligeros.
Hombres turbios que estrangulan al sol.
Virgenes de vientres tostados
desnudas sobre los huracanes.
Madres que dan a luz
sobre las madrugadas dulces.

Río tremolante que se oye a sí mismo
al desgajar prismáticas a las piedras,
Cascos de ébano de los caballos fugitivos,
Malabares de resplandor
que naufragan en los valles cóncavos,
Barrancos heridos
por las tizonas líquidas de las cascadas,
Huracanes que derriban a los robles.

Incendio de berilo de las selvas,
Tormenta que descuaaja a los árboles.

Lages, odres de barro tibio
para beber los plenilunios.

Pumas que saltan con su torso
de mujeres vencidas,
Hogueras que salpican a la tiniebla
como surtidores de fuego,
Diluvio de estrellas para construir el arca
de nuestra muerte inmortal,
con el cedro oloroso de la noche
y los dos clavos húmedos de tu mirada.

Y Dios que oye el silencio,
Y el tiempo,
Y los guijarros,
Y los hombres
que ruedan a los vórtices! . . .

El rondador, el rondador
es el viento,
la raza,
la distancia,
la desgarradura de la cordillera,
el arco iris del sol náufrago,
Y es la raza,
Los muertos izados como lábaros,
Los muertos que claman,
Troncos de encinas bárbaras,
Monolitos horizontales,
Torreones calcinados.

Los muertos!

Ellos!

Los que blandieron las hachas himnicas

y agitaron los mazos circulares

y aguzaron las piedras lisas.

Y humedecieron las claridades

con su voz diluvial.

Ellos!

truen en sus ojos escarabajos hucientes

y rocío del césped.

La tierra camina como un barco

y se arremolina como un océano.

Los muertos!

América,

tierra negra con alas!

Quito.

SANTIAGO RUSIÑOL

César E. Arroyo

Cuando Cataluña, madre y hermana de "La Bien Plantada", abría sus claros ojos a la luz de la República, cerraba dulcemente los suyos a la luz de la vida, el mayor artista catalán del siglo XX. Santiago Rusiñol, el poeta de la paleta y el pintor de la pluma ha abandonado para siempre los jardines de España, en busca de los jardines absolutos de la muerte.

En el arte universal acaba de hacerse una gran sombra con la desaparición del mago del paisaje mediterráneo, del poeta de la sensibilidad hiperestesiada, del dramaturgo de aliento vital.

Lo conocí dentro de su propio marco, en una tarde de otoño, lejana ya. Sabíamos que pintaba en Aranjuez, y allá fuimos a buscarle, llevando una carta de su primo José María Prats, que a la sazón vivía en Quito y que aquí se quedó para toda la eternidad. En los cortesianos jardines del Rey Carlos IV encontró el cronista a ese divino robador de jardines, en momentos en que trasladaba a su lienzo toda la gracia señorial que elegantiza el mágico recinto. Rusiñol estaba entonces en plena madurez y en el cenit de su genio. Ninguna cabeza de artista mejor plantada sobre hombros esbeltos que la de ese maravilloso catalán. Perfil latino, soñador, con ojos inundados de azul; melena absalónica, como para quedar presa en los boscajes; barba florida como una gentil mata mediterránea, nariz olfateante de brisas, boca de labios finos e irónicos, cuerpo ceniciento y manos creadoras. Estaba embebido en su lienzo que emergía de la labor perfecta, como una visión vivaz, cuando le sorprendió el cronista. Suspendió su labor y manifestó verdadera alegría al recibir la carta y noticias de su primo. El resto de la tarde pasamos juntos. Él siguió trabajando hasta que la luz, como una mujer radiante y tornadiza, nos abandonó. Luego recogió sus bártulos y nos dirigimos a la fonda del pueblo, donde él se alojaba. En el mesón aquel y ante un yantar de castizo abolengo, él nos contó su vida florecida de amables

y pintorescos episodios, entre los cuales se encuentra aquel de la Clínica parisina, a la que en su juventud torturada fué a dar el artista, que había buscado el beleño de todos los venenos y el veneno de todos los beleños. Convaleciente de exquisitos males se hallaba ya, cuando hizo amistad con otro convaleciente cuyo nombre ignoraba. Un día éste le dijo: "Me inspiráis una inmensa simpatía porque os parecéis extraordinariamente a una persona a quien adoro".— "Si, a Alfonso Daudet", contestó Rusiñol. Efectivamente, el parecido de los dos grandes artistas, era una realidad. El joven amigo de Rusiñol resultó ser León Daudet, hoy el más fuerte prosador de Francia y una de las más famosas figuras europeas.

Santiago Rusiñol y Prats fué hijo de Barcelona, en donde había nacido el 25 de Febrero de 1861. La ciudad reina del Mediterráneo, sobre la cual se ha hecho caer una estúpida leyenda de mercantilismo, es fina y sensitiva como la urbe más ilustre y refinada. Todas las excelencias mediterráneas de gracia, claridad, sonrisa, armonía y azul florecen en la ciudad maravillosa, que recibe de lleno los besos del sol de oriente y se abre ante el Mediterráneo como una enorme concha colmada de plenitudes. Flor y airon de la ciudad artística ha sido el gran poeta de la palabra y del color, que acaba de entrar con paso sereno en la inmortalidad.

Vástago de una familia de activos industriales, Rusiñol comenzó a trabajar en el escritorio de su abuelo, fabricante de tejidos. En un medio tan opuesto a su temperamento permaneció desde la adolescencia, hasta los 25 años, en que impulsado por una vocación irresistible entró en el taller del pintor Tomás Moragas. No satisfecho ni con el maestro, ni con el ambiente, marchó a París donde vivió siete años, trabajando en Montmartre con Canudas y Miguel Utrillo; y en el Quai d' Orsay, con el potente Ignacio Zuloaga. Asistió algún tiempo a la Academia de Clichy, donde le tocó ser discípulo de Puvis de Chavannes. Los primeros trabajos pictóricos de Rusiñol son de figuras torturadas, envueltas en un halo de misticismo, muy del Greco. Las únicas producciones que se recuerdan de aquella época son los lienzos titulados **La Morfina** y **La última receta**; cosas muy de fines del pasado siglo, tocados de una morbosidad lamentable y lacerante. Rusiñol sostiene una lucha tremenda con la influencia del Greco: trataba de ser el Greco de los paraísos y de los infiernos artificiaados de su época.

De todo ello se libertó un día glorioso en el que el gran artista, como en un nuevo camino de Damasco, se encuentra a sí mismo, después de haberse estado buscando en vano. Es la hora de la revelación epifánica de los jardines de España. Cauce para siempre su trato con la figura humana en el lienzo; y, como un elegido, se desposa para la inmortalidad con la eterna naturaleza. De este connubio místico, nacerán como hijos de milagro los más divinos paisajes de la pintura española de nuestro tiempo. En ellos se han fundido, en un casto beso de luz, el alma del artista, y el alma de España florecida. ¡Anchos y febriles paisajes catalanes, rojos y reverberantes paisajes mallorquines, dieciochescos jardines de Aranjuez, estilizados jardines del Generalife, brujos jardines de la Alhambra, deslumbradores paisajes de Valencia: toda el alma de la España mediterránea está apresada en vosotros! ¡Alma sutil y múltiple, alma compleja y proteica que canta con las gamas de todas las tintas, desde la dionisiaca plenitud, hasta la luz de luna moribunda. En esta magna sinfonía de todos los colores, domina el tiempo maestoso y lento. El do casi no se llega a dar. Hay un *sherzo* en la policromía que tiembla, espiritualizándose. En esos lienzos canta el Rusiñol de Cataluña, y se hacen también profundos silencios musicales. En ellos se manifiesta el alma mediterránea con sus dulzuras y todas sus finuras milenarias. Ellos constituyen el ápice glorioso del arte de Rusiñol. Jamás ninguna alma de artista, vaciándose en jardines, llegó a encontrar forma de expresión más perfecta. Los jardines son para Rusiñol la suprema cifra de todo su arte, la clave de su estética.

“Los jardines, dice el pintor, como todo lo que inventa el hombre sirviéndose de los recursos que le presta la madre Naturaleza, llevan el sello del invento; revelan el carácter y las costumbres del pueblo que los ha creado; nos inician en los íntimos secretos de sus gustos; explican una tendencia o una escuela; son el arte de hacer arquitectura con los árboles y las plantas, y de expresar un instinto, una visión o un destello de la imaginación humana. Considero tan importante el misterio de los jardines para juzgar el carácter de la época, que basta imaginarse un estilo para ver el fondo de verdura que le cuadra. Yo me imagino los jardines primitivos italianos como llanura tapizada de lirios y azucenas, árboles plegados y candorosos por fondo, y flores de colores apagados bordando una

hierba mate extendida en laderas de suavísimo relieve; me imagino un jardín romántico como un edén desordenado; un jardín misterioso envuelto entre lianas, cubierto de hiedra, abrazando las carcomidas estatuas, pintadas por el musgo; llorando agua las fuentes y el mármol patinado por la luna; me imagino los jardines realistas, convertidos en un huerto productivo, así como los jardines modernos los imagino formados de árboles de abalongo y plantas espirituales y de sentido simbólico: grandes laureles, mirtos, cipreses y laureles rosas, en severos muros, y cerrando la vista a toda vulgar perspectiva; lilas y lirios alineados y plantas acuáticas dormidas sober estanques quietos y misteriosos; grupos de flores formando con sus colores el arco iris o agrupadas en tonos complementarios y todo envuelto en un místico aroma de refinado buen gusto, todo mate y nadando en vaga neblina, como orquesta afinadísima donde el alma gozará un absoluto reposo"... Las palabras que acabamos de copiar, nos están probando que el gran artista desaparecido, pintó casi exclusivamente jardines, no sólo llevado de la divina intuición del genio, sino guiándose también por su conciencia de admirable esteta.

Si sólo hubiera muerto el gran pintor, los telones tremendos del olvido no hubieran podido velar la luminosidad transpasante y poderosa de su obra. Queda en pie también y para siempre, en el centro de la dramaturgia catalana, y al lado de la figura apostólica del inmortal Guimerá, la figura sugestiva de este otro poderoso forjador del Teatro Catalán contemporáneo, en el que ha levantado con un esfuerzo gigantesco, patente en más de cincuenta obras, uno de los arcos torales, en cuyas claves se destacan, con relieves de universalidad, obras tan grandiosas como *El Místico*, *La Madre*, *Buena Gente*; tan maravillosamente sensitivas, como *La Alegría que pasa*, *El Buen Policía*, *El Jardín Abandonado*, *El Patio azul*; y tan deliciosamente irónicas, como *Un Buen hombre*, *¡Libertad!*, *Cigarras y hormigas*, *El enfermo crónico*, *De Alivio*, *Gente bien*, etc.

En todo este frondoso bosque dramático, y del cual los que no estamos familiarizados con el noble idioma de Mosen Jacinto Verdaguer, sólo conocemos los árboles maravillosos a los que nos han llevado de la mano traductores tan excelsos, como Joaquín Dicenta y Jacinto Benavente; bastaría una sola obra, *El Místico*, prodigio de inspiración, de realismo, de ensueño, de poesía, de anhelos generosos y de justicia social, para colo-

car a su autor entre los máximos creadores del teatro universal contemporáneo.

No bastándole ser maestro de paisajistas y de comediógrafos, Rusiñol, fué, además, cronista, periodista, cuentista, articulista delicioso, cuyo espíritu anima y animará los más exquisitos libros escritos en catalana lengua.

Al pasar el Arcangel negro de la muerte por el palacio-museo de Cau Ferrat (nido de hierro), de Sitges, en donde se ha evaporado como un perfume esta maravillosa vida de artista, de seguro se habrá estremecido, con un temblor de duelo, la estatua del Greco, que Rusiñol mandara a erigir en la plaza principal de la marinera villa. Y clamando por el alma del poeta del color, de una garganta invisible habrá surgido esta plegaria que él mismo solía rezar a la luna:

—“Casta amada de Osiris.— Patrona de Cartago.— Dulce amiga de las riberas del Nilo.— Fanal de las ruinas.— Consuelo del crepúsculo.— Libro de plata de los tristes, de los poetas, de los enamorados.— Astro de eterna quietud.— Blanca sirena de melancólica mirada. . . .—”

CANTO AL MAR DE COLON

Antonio Montalvo

Mar grandioso y sublime! Mar azul! Mar del cántico
blanco de la epopeya de las tres carabelas!
Las naus del milagro que surcaron de estelas
de eternidad tu lomo rútilo mar Atlántico!

El Mar de las Tinieblas te llamaban los viejos
marinos y piratas hacia el mil cuatrocientos...
y era que en ese entonces estabas tu tan lejos
perdido en las entrañas rugientes de tus vientos.

Eras el bello monstruo que al sol todos los días
te tragabas, lo mismo
que a las naves audaces que en vanas romerías
buscando tus caminos encontraban tu abismo.

Nadie sabía nada de tu misterio ignoto!
Apenas si empujados en las lindas Azores
lobos de los ensueños grandes, los pescadores
pescaban esperanzas para un día remoto.

Se te sabía bravo de trombas y tormentas!
Se te sabía manso de espumas rumorosas!
Y al litoral del Africa le decías tus cosas
y al ibérico enviabas tus ansias irredentas.

Si a tu noche su proa ponía algún navío
lo alhagabas cual fiera que sus presas asedia,
pero al alba siguiente contabas la tragedia
colérico y triunfante tronando en el vacío.

Así eras mar, tal vez, como todos los mares:
mar de gaviotas blancas y de negras galeras...
y de naves piratas y de barcas pesqueras
bajo los cielos límpidos de claros luminares.

EXODO DE LA GLORIA

Así estabas, durmiendo tu gran sueño del agua
en el ensueño de oro divino de Platón
cuando como un incendio que arrojase una fragua
te despertó la flota de Cristóbal Colón.

Entonces fue el rugido! Tu rugido inaudito
que sublevó las furias de todos tus vestigios
y que a través del vuelo sediento de los siglos
está vibrando siempre por todo el infinito.

Entonces fue el erguirse de tus trombas en celo
y el furor sanguinario de tus olas en guerra!
En las costas temblaba de pavores la tierra
y montañas del agua subían hasta el cielo.

Pero nada podían ni tu gesto reactivo
ni tus iras que hacían girones de las velas...
En un vuelo de albatros las raudas carabelas
más que ir sobre tus aguas iban por el espacio.

Iban así, rompiendo las hoscas densidades
de las blancas espumas y las brumas hialinas...
cantando iba en el seno de tus obscuridades
el aletear de nieve de las velas latinas.

Y mientras tu iracundia gritaba furias malas
sacudiendo hasta el cielo tus lomos mal heridos
las naos —los albatros— pagaban tus bramidos
generosas cantando con su música de alas.

LAS AGUAS YA VENCIDAS

Iban así las aves blancas de la osadía:
sin miedo, sin fatiga, siempre leves y altivas...
pero impotente tu las veías fugitivas
como brumas del ángelus ganar la lejanía.

Tus claras aguas no eran ya las aguas azules
virgenes y tranquilas de brisas opulentas:
las quillas afiladas las volvían sangrientas
al desgarrar las carnes de tus aguas azules.

Qué no hicieron tus fuerzas plutónicas y sabias
para destruir el éxodo en tus mismas grillas:
como en un cataclismo tableteaban tus rabias
de las playas canarias a las de las Antillas.

Y en tu olímpica guerra de muerte sin fortuna,
ante aquel indolente morir de las horas,
tus tifones titánicos ahumaban las auroras
y se alzaban tus trombas para apagar la luna.

Aquello fue el delirio feliz de la esperanza
triunfando sobre el gesto rudo de tu protesta:
sobre tus garras siempre en mortal acechanza
las carabelas eran todo un cantar de gesta.

EL GRITO DE LAS BAHAMAS

Y un día azul... Un día como tus aguas rotas,
aturdido del sordo bramar de tus oleajes,
el sol, que el horizonte pintaba de mirajes
doró de pronto un vuelo brillante de gaviotas...

Fue entonces cuando el viento regó una sinfonía
perfumada de aromas de la tierra cercana
anunciando la gloria de la SANTA MARIA,
de la PINTA y la NINA, junto al grito de Triana.

Y atrás quedaron mar tus tormentas y bramas...
y la ruta de sangre que hicieron las estelas
porque para el ensueño fiel de las carabelas
extendieron su manto de argento las Bahamas.

Y lejos ya del vórtice de los instantes malos
un extraño espejismo se produjo. Fue así:
se vió un arco celeste que salía de Palos
de Moguer hasta el canto triunfal de Guahamáni.

Allí fue que vencida, por fin, tu omnipotencia
vieron los Almirantes del coraje español
que la Atlántida muerta vivía su opulencia
oculta entre esplendores de oro, de nieve y sol.

Después, oh mar, ya tu sabes muy bien la historia...
Tú viste la alegría de Cristóbal Colón
cuando ya en tierra firme —que aún la vió ilusoria—
cayó muerto de asombros y de estupefacción.

LA ROMERÍA HISPANA

Y se apagó el misterio de tu entraña no vista.
Irrumpieron tus aires cóndores y avestruces
al tiempo que estallaban los torvos arcabuces
de los bravos centauros que hacían la Conquista.

Y allí fue tu tristeza mayor gran mar Atlante,
al ver, desde tu inútil impotencia, vencido,
cómo la linda Atlántida que vivía en olvido
para tí, daba al mundo su cuerpo rutilante.

Luego te recogiste, como en tus mismos diques,
en tu entraña profunda para olvidar que un día
viste las fiestas de oro, de luz y pedrería
de tu India, la salvaje de reinas y caciques.

Así estabas, dolido, cuando pasó Pizarro
—sin que en su ruta larga se oponga ninguna ola—
con la étnica nobleza de la sangre española
para con la salvaje forjar el nuevo barro.

Así estabas Atlántico: en tu quietud sin fin...
Por eso no escucharon tus oídos esa vez:
ni la voz sanguinaria y cruel de Hernán Cortés
ni el grito del silencio que dió Guatimocín.

Enfermo estabas mar... tumbado como un puma
en tu jungla del agua ya clara y sin misterios
y tú no viste cómo los dioses Montezuma
y Atahualpa lloraban el fin de sus Imperios.

VISION DE AMERICA

Pero aquello fue entonces... Después... ya no te arredra
nada... tanto que cantas tu canto de esperanza
cuando sobre tus olas Cervantes Saavedra
viene con don Quijote y el rudo Sancho Panza.

Cuando sobre tus olas donde tu vida fincas
cantando en romancero su brava gesta extraña
oyes —como en un sueño— pasar a toda España
hacia el sol de los pródigos aztecas y los incas.

Desde entonces, ah mar de los destinos grandes:
clavadas tus papilas en la aurora futura
miras cómo en la límpida mañana ya madura
del tiempo se agigantan las Indias de los Andes.

Y tendido a sus plantas a que ella no peligre,
alegre de pujanzas, de músicas y aroma,
clarinas tus bostezos con el rugir del tigre
y los das con tus vientos fragantes a theobroma.

Y olimpico del grito de una alegría homérica
que los étnicos lazos ancestrales enlaza
miras a la epopeya jocunda de la Raza
romper sus alas de oro en los soles de América.

Sublime mar azul! Mar Grande! Mar del cántico
sonoro de la gesta de las tres carabelas:
bajo los cielos hondos las rútilas estelas
cantan épicamente tus glorias Mar Atlántico!

Quito.

LA IDEOLOGIA DE MONTALVO

Compilación de
Alfredo Martínez

102

El malestar de las repúblicas sud-americanas consiste, no tanto en sus malas leyes, cuanto en que las buenas no son obedidas, y en que el Poder Ejecutivo tiene por ellas mismas facultades exorbitantes, y cuando no las tiene, se las arroga de mano poderosa. La violación de una ley es un paso a la tiranía; y yo no la sufriría sino cuando el primer magistrado pudiese hacer este juramento: Juro que he salvado la patria. Pero entenámonos: salvar la patria, es salvarla verdaderamente; cost: que la comprendemos bien, si sabemos lo que es patria. En estas nacioncillas de partidos cada cual llama patria a su poder y su provecho: patria es el mando, patria es el sueldo, patria las bayonetas, patria el partido. Una fracción de hombres conspira, y con las armas en la mano se lanzan a derrocar al gobierno: va a salvar la patria. El gobierno es más fuerte, extermina a los disidentes: salvó la patria. Los que mandaron ya no mandan, los que vivieron de las rentas del Estado ya no viven de ellas: ¡pobre patria! está en ruina la patria. Los que mandan actualmente se engordan como lechoncillos, bien comidos y bebidos, bien cuidados por su propio anhelo: la patria va bien, ¡qué buena patria! Odio, ira, venganza hierven en el corazón de los caídos, pero la impotencia los tiene represados en su seno: ¡ah, perra patria!; la patria nada vale: odio, ira, venganza hierven en el corazón de los que reinan, y si: asomos de nobleza ni humanidad sueltan la rienda a sus pasiones destructoras, persiguiendo, calumniando, insultando, desterrando a sus enemigos personales: ¡patria, dulce patria! ¡Qué dulce es la venganza!, decía un tiranuelo. Será para los malos; mas no saben que el deleite de la venganza dura un instante, el de la misericordia, toda la vida.

103

Necesitamos ilustrarnos para constituirnos bien; necesitamos civilizarnos para conocer nuestra verdadera felicidad: esa felicidad de buena ley, que nace de las virtudes cívicas, de la libertad medida, del patriotismo puro, de la igualdad bien entendida.

104

Sed superiores a las seducciones y a las amenazas, y mereceréis representar a la nación; de otro modo, más sois para siervos que para legisladores. El legislador ha de ser sabio, desde luego; si no lo sois, ¿cómo legisláis? El legislador ha de ser justo; si no lo sois, ¿cómo legisláis? El legislador ha de ser independiente y digno; si no lo sois, ¿cómo legisláis? ¡Desventurados pueblos que piensan ejercer un derecho, y no hacen sino ceder a la mano que pesa sobre ellos!

105

No desesperamos: el porvenir es fecundo en acontecimientos: los cambios del espíritu humano tienden a la perfección.... América, joven, robusta, inteligente y amiga de lo grande, cumplirá su destino: se civilizará, será libre, feliz, y gozará sin estorbo los dones de su gran naturaleza.

106

Pueblo, pon el oído atento, se ha pronunciado tu nombre. ¿Sabes lo que eres? No la hez de la sociedad humana, como te llaman unos; ni soberano absoluto, como te dicen otros. Pueblo es el globo de la nación: separa a tus enemigos, y queda el pueblo.

El tirano que se alza con la libertad de sus semejantes, y viola las leyes naturales y cívicas, y persigue, y ultraja, y extermina a los hombres, no pertenece al pueblo.

El opulento que nada en oro, y cierra la mano a la caridad, y ve sin conmoverse el hambre del indigente, y se ríe de la desgracia, y piensa que nadie necesita más que él, no pertenece al pueblo.

El soberbio que anda el cuello erguido, en la convicción de que un título sin valor real, o una usurpada e inmerecida preponderancia le elevan sobre los otros, no pertenece al pueblo.

El impío sacerdote que cambia la misericordia en crueldad, la caridad en avaricia, en soberbia la modestia, y olvidando los ejemplos del Maestro ayuda a los tiranos a oprimir al débil, no pertenece al pueblo.

El juez perjuro que pervierte la justicia, y en sus autos se atiene a su conveniencia; que resuelve según le sobornaron o según hablaron las preocupaciones de su clase, no pertenece al pueblo.

El militar envanecido, que anda deslumbrando con la argentería de sus vestidos sin mirar o mirando como grande a los pequeños; que desenvaina la espada y hiere sin motivo; que sirve al déspota en sus desolaciones, no pertenece al pueblo.

El que oprime, el que maltrata, el que desdeña a sus hermanos, teniendo para sí que es más que ellos, no pertenece al pueblo.

Oh tú que vives del sudor de tu frente; que mantienes con tu diario trabajo ancianos padres, tiernos hijos, tú eres pueblo.

Oh tú que, en los conflictos de la patria, cargas con el peligro y las fatigas de la guerra; que rindes el aliento por defenderla, y si ella triunfa no ganas sino la gloria de haber sido su salvador, tú eres pueblo.

Oh tú que arrancas a la madre tierra, a fuerza de industria y de constancia, los frutos indispensables para la vida, tú eres pueblo.

Oh tú que forjas los metales, labras la madera, construyes la habitación del hombre con tus manos, y la habilitas de comodidades y de lujo, tú eres pueblo.

Oh tú que hilas y tejes, que preservas del frío a los miembros, que comunicas saludable calor a la humana criatura, tú eres pueblo.

Oh tú que trabajas y padeces, que padeces, y no te quejas, que sin quejarte cumples tus deberes de ciudadano y llevas sobre tí las cargas de la asociación civil, tú eres pueblo.

Tú eres pueblo, y por todo eso vales más que tus opresores; tú eres pueblo, y por todo eso eres más bien querido con la Providencia; tú eres pueblo, y por todo eso el género humano es el pueblo, fuera de los lobos y los zánganos que con nombre de reyes, presidentes y otros títulos pervierten la naturaleza.

107

Lo justo está siempre en el término medio: si tiras por los extremos, vas fuera del camino.

108

Sólo Dios es grande, pequeño es el pueblo, si pequeño es el hombre: no presumas de grandeza, si presumes de grandeza, das en la soberbia, y de la soberbia a la tiranía no hay ni un paso. ¿Y habrá ganado algo la justicia en un cambio de tiranos? Teme corroborar con tus obras aquel decir tan triste de los pesimistas: El hombre no rechaza de sí la tiranía, sino para hacerla recaer sobre los otros: el que no es víctima es verdugo.

109

Tus hermanos son los hombres todos, buenos y malos, grandes y pequeños. De aquí es que estás obligado a perdonar a los que te dañaron, a proteger a los infelices, a ser uno mismo con tus semejantes, puesto que hayan renunciado a la perversión del alma. ¿No es la fraternidad uno de tus caracteres?

110

El que llora los males, no tanto porque él los padece, cuanto porque no ve padecerlos a los otros, no merece salir de la miseria.

111

La libertad es como la sabiduría: si no se la comunica con los demás, es enteramente inútil; valia mas no conocerla, porque así estábamos libres de la inmodestia y el desvanecimiento. Eres libre; mas si habiendo conquistado tu libertad, han perdido otros la suya, ¿se ha perfeccionado el mundo? Sea tu constante anhelo la perfección moral; de ella procede, como de legítimo abolengó, la perfección social.

112

Sed sabios sobriamente, dice el Apóstol. Sed libres sobriamente, os digo yo.

113

La ciencia de los pueblos consiste en conocer sus derechos y en cumplir sus deberes: el que no cumple sus deberes es pueblo corrompido; el que no conoce sus derechos, esclavo; y el que no conoce sus derechos ni practica sus deberes, bárbaro. Pueblo, huye de la corrupción, la esclavitud y la barbarie; porque la barbarie, la esclavitud y la corrupción son la desgracia de los pueblos.

114

Pueblo, si los que te gobiernan dejan de ser gobernantes, y se convierten en verdugos, y te chupan la sangre, y te ofenden y mancillan; la revolución es un derecho de los tuyos, ejércelo. Estás obligado a obedecer las leyes; la ciega voluntad y los caprichos de uno o muchos nombres, de ninguna manera. No adores a la diosa Razón; adora a Dios y sigue a la razón; sin Dios no hay razón, sin Dios no hay justicia, sin Dios no hay pueblo ni gobierno: témelo, y no temas al tirano; siguelo, y derriba a tus opresores.

Mas si viviendo en sana paz, y estando las leyes en su puesto, y siendo los magistrados lo que deben ser, gruñes mal contentadizo, y extiendes los brazos, y estiras el cuello, y sigues gruñendo, cometes injusticia: la revolución en este caso es iniquidad. Conténtate con lo que las leyes te conceden, puesto que tu hayas concurrido a formarlas, y puesto que tu sufragio haya sido respetado.

115

No te figures que con ser pueblo tienes derecho para todo: si estás en el mismo caso que un presidente, no alegues tu condición de pertenecer al pueblo para andar sobre él, porque en ese caso también el presidente pertenece al pueblo. Si un noble tiene la justicia de su parte, no invoques los derechos del pueblo para defraudar al noble. Si un fuerte fué ofendido por tí, no digas: El pueblo tiene derecho, el pueblo tiene razón; porque el pueblo no tiene razón ni derecho contra el derecho y la razón.

116

Los bienes de la naturaleza son comunes a todas las criaturas: no porque vivis oprimidos aspiréis a oprimir a los otros, ni tengáis entendido que del daño ajeno ha de resultar vuestra fortuna: el mal es como el tejo, árbol cuya sombra es perniciosa; el mal es como el cabrahigo, árbol cuyo fruto no madura. Arrimaos al de la sabiduría: su sombra es vasta y bienhechora, allí hay lugar para todos, y sus frutos, gratos al paladar, son saludables y nutritivos. La sabiduría en este caso es la cordura, el sufrimiento: no penséis que os quiero enzarzar en las escabrosidades de la ciencia.

117

Las virtudes no han de venir adulteradas con vicios; honrar a Dios, trabajar, padecer con paciencia, virtudes son: sufrid las adversidades, trabajad, honrad a Dios, y no aspiréis a preeminencias vanas, ni os dejéis inficionar por el orgullo.

118

Libertad. ¿Quién la comprende en su verdadero sentido? ¿quién conoce su divina esencia? Ella es el poder de obrar el bien y el mal: si se obra el bien se ejerce una facultad sublime; si el mal, habremos seguido al espíritu malo: Satanás ¿no es libre para el mal?

Para que la libertad sea virtud, ha de preponderar en el hombre la inclinación al bien: ved aquí que no conviene ser del todo libres: ¿cómo ha de convenir ser malos?

Yo vi en el frontispicio de una cárcel esta inscripción grabada en gruesos caracteres: **Libertas**. Esta filosófica y triste paradoja quiere decir que la libertad necesita riendas: de otro modo, irá como un suelto y fogoso bridón a precipitarse en un abismo, si el ginete lo montó sin freno y le ahija sin cesar. La sociedad humana es esa cárcel en cuyo frontispicio se grabó: **Libertas**.

119

Pueblo, hay muchas cosas que no puedes hacer, aún cuando te figures que esa restricción coarta tu libertad: cuando te

la coarta, la tiranía, indignate; cuando te la coarta la razón, vuelve en tí, y sufre el contratiempo, que en buenas cuentas, es tu bien, puesto que lo es de todos los asociados.

120

El hombre tiene derecho a la propia defensa, y a todo corazón bien formado le toca libertar a sus semejantes de un azote arruinador.

121

El hombre de bien y patriota verdadero no tiene en ciertos lugares más salvación que su silencio: toda idea generosa comunicada a los otros es un diamante echado en un barrizal; es el precioso canda sembrado en las Lagunas Pontinas. ¿Eres cterdo? calla y permanece inmóvil: tu reino no es de este mundo.

122

Cada pueblo debe ser un tribunal, cada ciudadano un juez, y en la calle por donde acostumbre pasar el presidente, se debe pintar un cadalso negro que lo vea cada día. Así serían buenos tal vez.

123

Es verdad que las virtudes suelen alcanzar honores, pero no es lo común, y muchas veces los que más merecen alcanzan menos; las preocupaciones son vicios, no hay duda; los vicios son contrarios a las virtudes, por eso las preocupaciones no miran en ellas. Llamam ciega a la fortuna; yo la llamaría también tonta; el ciego acierta alguna vez, el tacto le sirve de vista: el tonto, jamás. De aquí proviene que la fortuna sea mala aparejadora, madrina de uniones deslayadas, que no sabe a cual da ni a cual deja de dar, árbitro inicuo en cuyas decisiones prepondera la injusticia.

124

No es mérito la hermosura, si no se la realza con la virtud. Todo lo que el hombre adquiere por su voluntad y sus esfuer-

zos, es una recomendación, puesto que sea cosa honesta: la sabiduría la instrucción, la prudencia y la modestia que proceden del estudio, son verdaderamente prendas que realzan a quien las posee. ¿Posees estas prendas?

125

Los ricos de espíritu, por la mayor parte son pobres de materia.

126

El valor por sí solo nada puede, del mismo modo que la inteligencia, sin su apoyo, es dote incompleta, que poco contribuye para la felicidad. ¿No vemos ingenios prostituidos a la codicia, rendidos al temor, esclavos de la infamia? Nada vale la cabeza llena, estando vacío el pecho; empero el ingenio y valor forman consorcio digno de los dioses; cuyo fruto es muy preciado.

127

Entiéndase que junto con la belleza del cuerpo ha de venir la del alma; como que la perfección física divorciada de la moral, entrará por muy poco en la opinión y el cariño de las mujeres.

128

El respeto a la mujer no consiste en un ciego avasallamiento a sus caprichos y a su voluntad absoluta, que no siempre suele ser acertada: la educación es la primera grada de su trono; dejarla gozar de sus derechos, obligarla blandamente a cumplir sus deberes, he aquí la educación de la mujer. En llegando a su perfección moral, ya puede tenerse por árbitro de las costumbres y de las acciones de los hombres. Su imperio es blando y grato, porque su imperio es el del amor.

129

Donde no reina el cariño, difícil es que reine la concordia.

130

La mujer es una Circe: transforma en cochinos a los hombres, y en hombres a los cochinos; si se la oprime, se la envilece; y de su envilecimiento nace la barbarie del hombre. Si se la respeta y protege, sin caer en cuenta, pule al hombre, le hace digno de ella y del Creador.

131

La lámpara inviolable de los atenienses ardía de continuo al pie de la estatua de Minerva; el apagarse alguna vez era horrendo vaticinio, señal de calamidad pública y desventura nacional. La mujer es esa lámpara: mientras arde benigna, todo va bien: su llama alumbrá la cabeza del hombre, mantiene el fuego de su pecho, y en ritmo acorde pensamientos y pasiones, la asociación sigue adelante a sus fines, puesta en sus términos la buena madre naturaleza. Si se apaga, el cielo y la tierra vuelven al caos primitivo: los hombres se andan por ahí a tienta paredes, trabucándose y dando consigo en tierra, presa del desamparo y la ignorancia. Mantengamos la llama de esa lámpara, si ya la hemos prendido; si no, prendámosla: esa luz es la de Minerva, esa luz es la del Evangelio: sólo respetando a la mujer seremos respetables, sólo ilustrando a la mujer seremos ilustrados, sólo labrando su felicidad seremos felices.

132

No, el hombre no es grande, ni superior a todas las criaturas de la tierra, por la inteligencia, sino por las facultades del alma.

133

Si por las facultades de la materia nos asimilamos a los brutos, por las del espíritu nos remontamos al cielo y somos imagen del Creador; el alma es la excelencia del hombre; el alma, este principio indefinido, esta sustancia invisible e impalpable, no conocida por nosotros; el alma, esta animación, este anhelo por lo divino, que nos hace considerarnos superiores, y

que nos aflige cuando la vemos atada a la carne mortal, a esta comida de gusanos que tanto nos ocupa.

134

¿Por qué degenerar de nuestro solar divino? pues en suma, el espíritu que nos anima es una mirada de Dios pegada a nuestro corazón, como una estrella al firmamento: la luz de esa estrella es inextinguible; ¿por qué procurar apagarla? ¿cómo llegar a consumir ese sacrilegio? apagar la mirada de Dios.... ¡Impíos! ¿no véis que eso sería peor que apagar el sol que nos alumbra? Si alumbra el sol, si Dios te mira, es por tu bien; pues ¿qué mal te hace bien? Hombre mezquino, ingrato filósofo, si tu alma te hace daño, devuélvele al Señor, y queda bruto; empero no la robes a los que con ella somos grandes y felices.

135

Hay ideas que no pasan por los sentidos, y éstas son las más excelentes; las hay que nos vienen por ellos, y éstas son comunes con los animales.

POEMAS

Ismael Enrique Arciniegas

CROMO VESPERTINO

En alto risco de la oscura falda
al viento un árbol su ramaje inclina,
y el campo, entre la calma vespertina,
tiene un verde sombrío de esmeralda.

Brilla ancha ceja de zafiro y gualda
en el poniente, sobre gris neblina,
y el sol, para morir, más se ilumina
y en rojos arreboles se enguinalda.

Desde el río, al rumor de la floresta,
subiendo van, de campesina fiesta
cantos alegres y animadas voces;

y al fulgor de la tarde, azul y puro,
se ven brillar entre el trigal maduro,
como vivos relámpagos, las hoces!

CROQUIS CAMPESINO

Entre la sombra un titilar del alba
ya con la estrella matutina asoma,
y el horizonte lentamente toma
un vago tinte, sonrosado y malva.

Helado viento de la cumbre calva
viene; en los huertos al pasar se aroma,
y el raudal que entre peñas se desploma
saluda al día con rumor de salva.

El bosque todo es música de trinos,
mientras que sube en el confin distante
el humo de los techos campesinos;

y el gallo, firme y la actitud enhiesta,
finge que el cielo, con el sol radiante
a su clarín en el azul contesta.

CROMO MATUTINO

Al río bajan en tropel las greyes,
de polvo entre un oscuro remolino,
y se estremece, al viento matutino,
dando aromas, hilera de mameyes.

Como mástiles se alzan los magueyes
en el azul reposo campesino,
y ante la yenta, a orillas del camino,
pasa un carro que tiran lentos bueyes.

A misa toca la aldeana esquila,
y detrás de la clueca, en larga fila,
cual puntos suspensivos van los pollos;

bramar en el corral se oye una vaca,
y se esponja entre olores de aibahaca,
la voluptuosidad de los repollos.

EL HIJO DEL VIRREY

"El Chorro del Fiscal" en la sombría
noche turba el silencio; en la calleja
aúlla un perro, y una candileja
vacila lejos, en la niebla fría.

La bruma envuelve la alta serranía,
y la luz de una alcoba se refleja,
con vagos resplandores, en la reja
de hierro de doña Ana de Mejía.

El hijo del Virrey pasa embozado;
en el negro sombrero rica alhaja,
y el manto por la espalda levantado;

y mientras su cendal rompe una nube,
la luz dormida de la luna baja,
y la canción de una guitarra sube.

LA HIJA DEL VIRREY

En el palacio virreinal, un día
bordando estaba, al lado de su dueña,
el blanco velo de un altar, risueña,
la hija del Virrey, doña Mencía.

Y el doncel don Beltrán, señor de Chía,
de Cajicá y Sopó, como quien sueña,
miraba en la almohadilla, de estameña
que un alfiler y otro alfiler hundía.

Y temiendo el enojo de su orgullo
le dijo don Beltrán, con voz de arrullo:
“¡Cuántos quisieran ser vuestro acerico!”

Dejó el bordado; se encendió en sonrojos,
y un fulgor de relámpago en sus ojos
pudorosa escondió tras su abanico.

**POEMAS DE
LA TERNURA
INDETERMINADA**

R. Cansinos Assens

LA GARGOLA VIVA

Aquella noche de sábado en las calles encharcadas de los barrios bajos, encontré a aquella mujer joven arrasada en llanto, pobre y no bella, que era como una imagen de la noche de lluvia, en aquellos barrios tristes. Lloraba la mujer quedamente, arriada a las paredes, esas madres últimas y anónimas de las criaturas desamparadas, en cuyas mejillas inmensas y frías guarecen las suyas los solitarios sentimentales —así una vez aquel golfillo que lloraba solo, atormentado de un dolor de muelas, demasiado pobre para comprar la hila anestésica—, lloraba quedamente la mujer con las manos en la cara, cubriéndosela con ellas como esos frutos macerados que los hortelanos envuelven en dos hojas verdes, empapada en lluvia y en llanto, brillante como un charco pluvial, o como un gran paraguas todo calado, a la luz de los reverberos, maravilloso hallazgo, para quien, como yo, caminaba, lleno de indistinta ternura, portador de mi madrigal infinito, ávido de estrechar la noche inmensa y llorosa entre mis brazos. Maravilloso hallazgo, pues, para mí que, en aquella noche de sábado, llena de parejas, solo, a pesar de todo, caminaba impelido hacia los barrios bajos, donde se encuentran las mujeres más sumisas e incondicionales, las mujeres que arrastran los pies y se embriagan y muestran sonriendo, como bajo un trofeo, un último vestigio de belleza y de juventud, salvado quién podría decir de cuantos desastres; las mujeres que llevan chancletas y mantones de madrecita o alpargatas graves y serias de artesanos. Una mujer así, demasiado seria y enigmática para ser cortejada, una mujerona huraña y triste, que pasó junto a mí sin mirarme como un gran coche negro, me había señalado aquella noche la proximidad de esos barrios bajos, semejantes a esos grandes pe-

ces descabados que anuncian la proximidad de la alta mar. Y atónito todavía por el tránsito sigiloso de aquella mujerona, alta y rígida como si llevase un cesto sobre la frente, encontré de pronto a aquella otra mujer tierna y maleable, empapada en llanto y en lluvia, blanda y llena de zumo, como una galleta mojada en leche. Mi avidez sentimental me impulsó desde luego hacia ella, si bien, como siempre, la timidez innata, la terrible timidez viril, atávico y pavoroso recuerdo quizá de la **Mantis Religiosa**, me hizo describir grandes círculos en torno a la llorosa figura, lóbrega y dulce toda ella como un gran seno olvidado en medio de la calle. Pero, enardecido por su ceguera —ella tenía oculta la cara por ambas manos y era ciega, pues, como una estatua de yeso tierno—, y prevalido de la prerrogativa de mi paraguas —ella estaba indefensa ante la lluvia, sólo defendida por el casco de sus cabellos, permeable y desvalida—, me acerqué a ella y le dije:

—¿Por qué llora usted así, mujer, en esta noche de sábado?

Y hasta nosotros llegaban ecos de risas y de cantos, y los escaparates de las tabernas proyectaban en el húmedo encerado del suelo sus luces rojizas. Ella entonces, entrecabriendo sus manos, que formaban en torno de su cara como dos grandes párpados, me miró por entre los velos de la lluvia. Y al punto, como si me hubiese estado esperando, con una avidez en la que se traslucía su soledad, la angustia inefable de la mujer que no tenía nadie, hermana o amiga, a quien contar una angustia, juzgada pueril, me refirió, como podía habérsela referido a la gran pared maternal, toda su congoja, que era una admirable balada de sábado, y que yo escuchaba sin prisa, cobijándola con la cúpula de mi paraguas negro.

Ella tenía un amante —así me dijo— con el cual todos los sábados cenaba y dormía luego hasta el medio día del domingo. También aquella noche habían cenado en una taberna popular de aquellos barrios bajos, llena de gente alegre; una de esas tabernas en las cuales las noches de los sábados, nunca falta alguien que toque una gaita lastimera. Cenaron y bebieron bastante, sobre todo él, que, al salir a la calle, se tambaleaba. Entonces, trastornado, sin duda, por la embriaguez, se puso a insultarla, récrimínándole porque había mirado a alguien que había en la taberna, quizá al echador joven que siempre parece un Bautista, y llamándole zorra. Ella, sencillamente, le había contestado:

—Zorra, no; ya sabes que no tengo otro amante más que tú y que vivo de mi trabajo.

Y le mostraba, más bien, me mostraba a mí, que ahora, en la representación de la escena le sustituía, las yemas de sus dedos picadas por las sanguijuelas de las agujas, semejantes, tan tiernas, a pezones acribillados y exprimibles. Entonces él, lleno de rabia, la zarandeó — así, así— y, de improviso, según ella lo miraba con sus ojos tristes, le descargó dos puñetazos en la cara... ¡Vea usted!...

Y me mostraba su cara roja todavía, sangrante y aturdida... Entonces ella, asustada, huyó, y él temiendo haberla herido de un modo irreparable acaso, no se atrevió a seguirla.... Y así había terminado para ella aquel sábado, con aquel dolor sin lenitivo, cerrando violentamente con un gesto iracundo las vislumbrañas cortinas nupciales entrealzadas.... Y la pobre mujer lloraba, confundiendo sus lágrimas, que fluían de su rostro como de un pecho descubierto, con la lluvia generosa....

Yo la contemplaba, lleno de piedad y ternura, caritativamente gozoso de aquel dolor, como el enfermero que encuentra un cuerpo herido. Tenía ante mí la noche, encarnada en una mujer triste, y era posible que mi gran ternura pudiera ser aplicada como un gran tafetán extendido sobre aquella cara dolorida, que aún conservaba, como un toque de carmin, el rosicler de la congelación. ¡Oh limitación inevitable de mi madrigal infinito! Dulcemente — ¡con cuánta suavidad! — ceñí el tallé de aquella mujer en llanto, gárgola viva, e inclinando mi cabeza, inmensa y rematada, a causa del paraguas, por un fantástico penacho, besé piadosamente sus mejillas doloridas, aún rojas como un muro que guarda el reflejo del crepúsculo. Ella, sintiéndose halagada, lloraba nuevamente y temblaba en un hipo infantil. Caminábamos unidos, y yo la sentía temblar bajo mi mano como un batracio lóbrego. Y yo también sentía mi cara salpicada de lluvia o de llanto, digna de ser unida a aquella cara húmeda. La noche se multiplicaba en luces ante nuestros ojos, puerilmente llorosos, cristales prismáticos se quebraban bajo nuestros pies, y al entrar en aquel zaguán, cubierto de serrín, como el de la casa en que hay un enfermo, ¡oh, la infinita dulzura de hundir los pies en aquel serrín mojado, blando como una fécula para las carnes magulladas, y de franquear, braceando unánimes, aquella mampara gruesa y turbia como un telón pluvial y de encontrar bajo los techos

sonrosados como a un niño amor expósito, al dulce sábado perdido!

LAS DOS MUJERES

Aquellas dos mujeres, me dijeron: —Ven con nosotras y gozarás—. ¡Tentadora invitación para un hombre que camina solo, en la noche, escurriéndose por todos los pasillos urbanos, a esa hora en que los muros de las calles se tuercen y desencajan y toman formas arbitrarias como biombos nupciales, dilatables ante los lechos! —Ven con nosotras y gozarás doblemente con el placer duplicado de los espejos.— Así me dijeron las mujeres y yo las seguí, dócilmente, tartamudeando no sé qué ternuras por la presentida dicha de poseer doblemente a la mujer esquiva. Estaba tan turbado, que mis piernas temblaban, y ellas, desde el primer momento, se convirtieron en mis guías, requiriendo instintivamente sus costumbres maternas. Caminaban delante de mí, unidas en una fraternal confusión de sus abrigos, formando una sola mujer, grasa y pingüe, como después de un desbordamiento del Nilo de la feminidad. Y, de cuando en cuando, se volvían para tirar de mí, con un mimo piadoso, como si yo fuese un niño o un viejito, sobre todo para cerciorarse de que yo existía en mi silencio. Pero, a veces, se olvidaban de mí, y yo las oía hablar de sus cosas, de sus secretos, suspirar unánimes o reírse quedamente, de algo para ellas sólo jubiloso. Así, durante el trayecto por aquellas calles torcidas y por aquella gran plaza azul, donde arrullaban las tórtolas del agua, hasta llegar a la casa nupcial, que al abrirse, resonó de voces y risas como un gran piano destapado, ellas me guiaron también por la empinada escalera, que yo escalaba, encogido bajo sus faldas huecas, sintiéndome dominado por un doble destino, en cuyas manos yo apenas existía. Desde entonces yo empezaba a comprender qué cosa tan terrible es encontrarse solo con dos mujeres y cómo es fatal que desaparezcamos entre sus faldas o entre su largueza carnal. Y yo me sentía ya, desde entonces, incapaz de hacer un gesto, ni de decir una palabra, dominado por el doble destino, enteramente en las manos de aquellas mujeres como de niño en los brazos de las nodrizas. Cuando estuvimos dentro de la alcoba, tan enternecedora con sus paredes de yeso, esas paredes desnudas y frías como espejos, que incitan a multiplicar en ellas los besos,

como en pobres caras de albayalde, las dos mujeres se desentendieron de mí. Felices de sentir, a pesar de todo la tibieza de aquel ambiente de interior —; quién sabe cuánto tiempo estuvieron en la calle aguardándome!—, empezaron a despojarse de sus ropas, ayudándose mutuamente y cambiando entre sí palabras entrecortadas y afectuosas, de una amistad buena y plácida.

Yo adivinaba que se olvidaban de mí, que yo tan sólo era un pretexto en aquel episodio, el hombre que les había franqueado la puerta y sin el cual no hubieran podido penetrar decorosamente en aquella estancia nupcial. Ellas se olvidaban de mí, se brindaban mutuamente sus bellezas recónditas, emergían mareadas de sus ropas caídas en el suelo para buscarse con los brazos atardidos. Y yo era un gran espejo, yo era el espejo que faltaba en la estancia, el gran armario de luna que las reflejaba por entero. Yo me sentía en poder de ellas como en poder de unas parcas o de unas nodrizas que dejaron al niño sentadito en el suelo y se abrazaron para bailar. Y escuchaba sin comprender, sus medias palabras y sus risas, y las contemplaba como en otro tiempo a las hermanas cuando celebraban juegos en que los niños no eran admitidos. Ellas escalaron sin mí el alto lecho y se acomodaron en él suavemente, ayudándose con inefable ternura cuando se trataba de abrir sus piernas, frágiles compases. Y en el lecho, abrazadas, análogas y mellizas, retozaban puerilmente como sobre un agua o permanecían extáticas de misteriosa beatitud. Eran dos mujeres ya maduras y cansadas, amplias como las sibilas de los cuadros religiosos; y la luz que, cenital, caía sobre sus rostros, ya marchitos, se los enniebaba piadosamente. Y parecían tan felices en sus juegos, tan suficientes en su duplicidad, que yo no pensaba en unirme a ellas, ni en interrumpirlas; y sentado en la única silla de la estancia, permanecía inmóvil, fascinado por aquella dulzura, sintiéndome solitario como un espejo o como un dios, solitario siempre, que contempla, despechado, cómo sus criaturas se aman ante sus ojos. Ellas sonreían acaso de mi pueril timidez y se enlazaban estrechamente y se retorcián como si debieran —esto sólo— mostrarme todas las fases de su belleza.

Y yo miraba con ojos arrasados de ternura, en los que, no tanto, sino leche materna brotaba, aquel cúmulo de carnes tiernas, blancas y llenas de hoyuelos, como si guardasen todavía huella de dedos periles y viriles en todas partes; y los más antiguos y conmovedores recuerdos de mi infancia subían hasta mi

corazón para acongojarme. Y veía, sin valor para reclamar mi parte, así en otro tiempo ante los senos de la madre, untados de acibar, cumplirse aquel rito de amorosa amistad, del que yo quedaba excluido. Y ellas suspiraban felices y se estremecían con un júbilo pavoroso y entrecortado; y estaban tan unidas, que yo no sabía a quién atribuir aquella pierna, calzada y única, que temblaba perdida, contra los hierros. Y en una multiplicación prodigiosa, senos blancos, henchidos, abollados, maternales, cereales y lácteos, se me brindaban.... Y yo era sólo un espejo, un pobre espejo de media noche, que poco a poco se empañaba..... y las veía, lleno de envidia, de despecho y de ternura, acaso como un ídolo que ve consumirse ante él un gran cirio votivo inútil.... Y ya una laxitud sedante y final, se apoderaba de aquellos cuerpos jadeantes, deformados análogamente en el abrazo idéntico.... Y la onda generosa se extinguía, lenta como la hora demasiado larga.... Mas entonces yo, con un súbito apremio, ante el temor de ver extinguirse del todo aquella fuente de ternura, tal la desbordada en la gran plaza azul, salté de mi asiento y me arrojé sobre el tálamo, y sollozando de un gran amor pueril, sintiéndome incapaz de otra cosa, empecé a arrojar mis besos trémulos, indistintamente, como un madrigal infinito sobre aquella mole de cansada belleza, acólito y marginal, como esos niños que, en el momento del Nilo, visto en un museo arrojan rosas y conchas sobre el cuerpo del gran dios yacente... Mas desde entonces, nunca, nunca —pues conozco su engaño— he aceptado la doble invitación, negándome, con gesto pavoroso, a ser el hombrecillo que abre para dos amigas la puerta de una estancia nupcial, y queda luego olvidado, tal esa llave caída junto a un lecho.....

UN CASO DE TAUMATURGIA

Cuando la vieja, después de introducirme en aquella salita, se fué diciéndome: **ahora vendrán las niñas**, yo me encontré de pronto solo en aquel aposento destartado, triste y desnudo como un páramo, cuyo suelo conservaba puñados de tierra, huella de visitantes pobres y aturdidos. Era un aposento desnudo, sin un cuadro, lóbrego e infinito, como esa alcoba en que se delira. No había en él otro mueble que un gran lecho,

cubierto con una colcha roja y rematado por un dosel, del que, a uno y otro lado, pendían colgaduras de una blancura cremada de polvo. Sólo había allí este mueble descarado y triste que lo llenaba todo, y una silla de alto respaldo, tiesa y dura, en la que yo sentado, estaba encogido y con la cabeza rematada por un penacho, como un monarca antiguo y lamentable. Y cuando la vieja se fué, yo me quedé allí solo, como un hombre que llegó enfermo de viaje a un cuarto de fonda y después de cerrar la puerta se dispone a delirar en libertad. Y contemplaba el suelo amplio y sucio como el de una calle y las paredes desnudas, no consoladas por ningún cromo, y la eterna alba empañada de la mampara, remendada con papeles. Y sobre todo, aquel lecho, vestido de rojo, rematado por su dosel de encaje; aquel lecho mudo, solemne, visible hasta infundir un sobresalto. Y a cada momento me decía, en medio de aquella aridez absoluta, con el acento de un hombre que dispusiese de un poder mágico:

Ellas van a surgir... El lecho rojo va a desdoblarse en sus mujeres, en las mujeres de que está grávido siempre.....
Ellas van a surgir...

Y me disponía a verlas surgir de todas partes, sentado en aquella gran silla, alta como un trono, que me lastimaba la nuca. **Ellas van a surgir**; pero entretando aquel silencio absoluto, aquella soledad inefable me envolvían, se apoderaba de mí, y mi pensamiento empezaba a desvariar, trasladándome a páramos extraordinarios sin nombre y sin tiempo.... Y me parecía estar sepultado ya desde siglos en aquella silla curul, condenado a esperar siempre alucinaciones engañosas.... **Ellas van a surgir**..... ¿Pero quiénes son ellas? ¿De dónde han de surgir? ¿Hace ya siglos que las espero, o tan sólo un instante? ¿Quiénes son ellas? ¿Serán las arañas que duermen en los rincones? ¿O los seres innumerables y pérfidos que hacen su nido en los colchones, bajo la púrpura de las colchas? ¿Serán los microbios, nunca olvidados, que están siempre presentes a nuestras entrevistas nupciales y participan de la naturaleza femenina de la mujer? Y mis piernas temblaban de susto; y desde mi alta silla incómoda, en la que yo era como un hombre sometido a la prueba de dar la talla —¿para qué?—, escudriñaba todos los rincones de la habitación, todos los resquicios del suelo y de los muros. Y a pesar de todo, tranquilizado por la frase de la vieja, por ese nombre pueril: **Ahora vendrán las niñas**, deseaba

sobre todo que surgiesen, gracias o parcas nefastas o propicias. Porque el aire de la soledad empezaba a pesar sobre mis oídos y a murmurar en ellos trozos de palabras ambiguas, que parecían aplicables a todo.

Y mis piernas temblaban de susto, y me sentía aprisionado para siempre en la eternidad de aquel aposento sin reloj, fatalmente retenido por la falaz promesa senil.

Ellas van a surgir. ¿Pero no habrán surgido ya y yo no las habré visto? Entonces, por último recurso, como un hombre enterado, cuando en realidad empezaba a ser víctima de una alucinación, recordando la frase infalible de la vieja que me había llevado allí: **Ahora vendrán las niñas....** inclinado sobre el árido suelo, seguro de mi poder mágico, extendidas las manos creadoras, como un hombre que vierte un sahumerio mágico o traza un signo cabalístico, por el poder de mi conjuro, dije: **Ellas van a surgir...** Y ¡oh salvación! abrióse en el instante la puerta, y un coro de jóvenes, vestidas de batas de colores, aturcidas y desorientadas como si llegasen de lo profundo y no recordase las dimensiones de aquella estancia sinembargo familiar, me rodearon, ofreciéndome sus pomos pectorales en aquel instante madurados, que yo, absorto, rígido en mi silla curul, hombre de tiempos muy remotos, no sabía acoger con un gesto oportuno y moderno....

TRANSITO

Jorge Carrera Andrade

A Federico García Lorca.

El indio de Sangolquí
—poncho de fruta encendida,
luna de lana en la frente—
va bajando la colina.
Casas le salen al paso
a darle los buenos días.
Tejados color canela
luces del alba destilan.
Pasan arrieros de niebla
con sus asnos de ceniza.

El indio de Sangolquí
va bajando la colina.
Una canción entreabierto
en sus labios va prendida.
Andan árboles y cercas
haciéndole compañía.
Cactus filados disparan
su cohete de clorofila
con estallidos de grana.
De vez en cuando la risa
del maíz decapitado
en su verde y alta pica.

Con un rebozo de sol
la Tránsito va vestida
y una camisa de luna
con dos grecas amarillas.
La Tránsito sube, sube
y al andar hila que hila
con huso bailarín
que en un pie parado gira.

Pájaros aventureros
cuchillos de vidrio afilan
en la rueda de la luz.
Le saludan las gallinas.

El indio de Sangolquí
y Tránsito Tipanluisa
bajan al río tordillo
que un puente rústico ensilla.
Por oreja de mujer
voz de hombre se precipita.
La cintura ciñe un brazo,
y el uso gira que gira.
Bueyes de canela cargan
la soledad de rodillas.

ORIGEN DE LA RAZA Y LA CULTURA HISPANOAMERICANAS

Francisco Contreras

Las Repúblicas americanas de lengua española, desligadas, indiferentes y, a veces, antagónicas entre sí, ¿no constituyen, sin embargo, un solo mundo, unido por la comunidad de la tierra continental, del origen, del idioma, de la tradición, de la cultura? Todas forman parte del territorio más grande, más rico y más original del nuevo continente; territorio que, yendo de la Zona Tórrida al Polo, posee los climas; que muestra las montañas más altas, los más caudalosos ríos; que tiene las minas más opulentas, de metales y piedras ricas; que sustenta una flora maravillosa, con los árboles más hermosos, las más lujosas parásitas, como la ceiba y la orquídea tropicales, la araucaria y el copihue del Sur; que alberga una fauna extraordinaria de mamíferos singulares: el puma, el jaguar, el llama, la vicuña, y de los pájaros más armoniosos y más bellos: el zenzontle y el zorzal músicos, los papagayos gemáticos, el mirífico quetzal, divinizado por los aborígenes, y aquel insólito corequenque, de cuyas plumas el Inca ornaba su diadema. Luego, todos estos pueblos descenden de dos razas igualmente potentes y originales: la española conquistadora y la india autóctona. Sin duda esas razas eran agregados étnicos. Los españoles reunían en sus venas la sangre de los iberos, de los góticos y de esos moros invasores que no eran por cierto inferiores, como lo prueban los alcázares que alzaron, las bibliotecas que tuvieron, los estudios algebraicos y el uso de los tapices que introdujeron o difundieron en Europa. Pero los españoles poseían la unidad de una tradición y de un alma nacional bien caracterizada por el individualismo, el amor de la democracia y la misticidad exaltada. Los indígenas formaban pueblos diferentes, en diverso grado de civilización. Pero todos mostraban rasgos físicos iguales, como el color bronceado y la escasez de vello, y tenían creencias o costumbres semejantes, co-

mo el mito de la serpiente emplumada, o la afición al juego de pelota, que encontramos igualmente entre los aztecas, los quichés y los araucanos. Lo cual demuestra ascendencia común, remota, mas no por eso menos efectiva.

Evidentemente, la raza conquistadora representaba una civilización superior. Pero el Nuevo Mundo mostraba vestigios monumentales de civilizaciones anteriores, según se cree hoy, a la de Egipto: la Aymara, que dejara en la altiplanicie boliviana las ruinas formidables de Tihuanacu; la maya que sembrara Yucatán y Guatemala de los edificios primitivos más elevados que se conocen. Albergaba además, a la razón, tres grandes pueblos de cultura avanzada y de riqueza fabulosa: el azteca, el inca, el chibcha. El primero poseía una capital suntuosa, cuyos templos piramidales eran la expresión de una arquitectura y una escultura originalísimas, conocía la astronomía y sabía trabajar con primor los metales ricos y las piedras preciosas: en tanto que el segundo realizaba un comunismo de Estado perfecto, tenía ciudades magníficas, templos suntuosos, como el del Cuzco, considerado entonces el más rico del mundo, practicaba una agricultura metódica y sabía igualmente laborar el oro, la plata y las pedrerías. Al visitar tales países, los conquistadores pensaban hallarse en lugares de encantamiento; jamás pueblo alguno había conseguido, como aquellos, trabajar y acumular tanto oro y tanta riqueza. Los otros pueblos indígenas, en su mayoría, no eran ya realmente salvajes. Su mitología, su agricultura, sus industrias, particularmente la alfarería, demostraban una semicivilización. Así los araucanos, los guaraníes, los diagnitas. Además, todos estos pueblos tenían una literatura, más o menos fijada en Méjico y en el Perú (por la escritura jeroglífica en aquel, por los quipues en éste), oral en los demás, literatura que comprendía la poesía heroica y lírica, la oratoria, la crónica y aún, entre los incas, la dramática. Poseían todavía música y danzas, tan características como singulares. Pero tenían aún modalidades artísticas sin precedentes, que los diferenciaban de los pueblos del viejo mundo. Los aztecas forjaban, en metales preciosos, animales y aves, a los cuales daban movimientos; los incas ornaban sus vergeles con árboles y plantas de oro y plata, superando el mito griego del jardín de las Hespérides, y casi todos usaban las plumas de las bellas aves en tejidos y tiaras, con los cuales se adornaban. Moctezuma, que tenía una casa fantásti-

ca de pájaros prismáticos, estimaba la pluma hermosa más que el oro. Este ornato desconocido pasó en seguida a Europa, y, después de engalanar el casco de los paladines, el birrete de los reyes, el chapeo de los caballeros, subsiste aún en el tocado de las damas. Puede decirse, pues, que el símbolo de aquel mundo tan rico en aves preciosas era el ala. El ala que sugirió a mayas y aztecas su formidable arquitectura vertical, que dió a los incas la idea de sus caminos y sus correos, superiores a los de la Europa coetánea, e inspiró a todos su música monótona y quejumbrosa que, como el gorjeo, busca el cielo. Eran los Pueblos del Ala. Verdad que los aztecas tenían la costumbre atroz de los sacrificios humanos. Pero las naciones conquistadoras, así las católicas como las protestantes, ¿no sacrificaban también a los hombres (a los herejes y aún a los sabios) en la hoguera de su justicia fanática? La crueldad eran aún ley del mundo.

Los españoles consumaron la conquista de manera ruda y bárbara, pero, contrariamente a los ingleses que extirpaban al indio, no desdeñaban el mezclarse con la población autóctona. Empujados por su espíritu democrático, triunfador del feudalismo, los capitanes tomaban por mujeres a las princesas indias, los soldados a las mejores doncellas. Y de tal connubio nació una raza nueva, en la cual la rudeza del indígena se pulía con la cultura del europeo, y la altivez del español se suavizaba con la melancolía del hombre que amaba los pájaros. Los negros africanos, que el conquistador introdujo luego para ayudarse en la explotación minera, pusieron en tal mezcla otro elemento, bien que no en todas partes en igual proporción, pues mientras aquellos abundaban en la zona tórrida, en el Sur eran escasos. Además, los españoles no sólo se apropiaban de la tierra, como los ingleses en el Norte, sino que también cristianizaban, esto es, civilizaban. Por todas partes los misioneros alzaban iglesias, abrían escuelas y se constituían en protectores del indígena; el gran Fray Bartolomé de las Casas no fué el único en reclamar su libertad.

La cultura española en sus diversas formas se desarrolló, pues, a través de todo el continente, en tiempo asombrosamente breve, si se considera la enormidad de las distancias y la hostilidad de la naturaleza virgen. En el siglo XVII, esto es, cuando en la América inglesa no había más que villorrios con capillas y escuelas elementales, en casi todos los países, desde el vi-

reinato de Méjico hasta el del Perú, había ciudades populosas, donde se alzaban catedrales espléndidas y grandes universidades, y en todas partes se practicaban las artes, se desarrollaban las industrias, se cultivaban las letras, se estudiaban el latín y las lenguas indígenas.

Empero, este florecimiento no era solamente obra de la raza conquistadora. Criollos e indígenas colaboraban también eficazmente. Si el español, en su codicia y fanatismo, había rebajado al aborigen, acaparando su riqueza y sometiéndolo a la esclavitud, le había dado también al iniciarle en su civilización, los medios de prolongar su espíritu. Así, en Méjico los indios fijan en códices sus tradiciones, y casi en todos los países ayudan al conquistador en sus diversas labores. El arte y, en general, la cultura de España, influidos por el alma indígena, a la vez que por el medio nuevo y magnífico, sufrieron, pues, ciertas modificaciones. La arquitectura barroca y churriguereña se enriqueció aún de ornamentos extraños, y, en Méjico, se revistió de asulejos maravillosos; la escultura mística y ascética asumió un realismo violento y, a veces, una fantasía ingenua que se placía en dar movimiento a las imágenes y en hacer llorar las Dolorosas; la pintura, renacentista por la composición, primitiva por el empleo del oro, mezcló a la representación hagiográfica, la flora y la fauna locales. La platería, el tejido, la joyería y aún la ebanistería, tomaron inspiraciones de las artes indígenas, reproduciendo o creando prendas u objetos singulares, como el poncho y el curioso vaso para la infusión de la hierba mate. La religión misma aceptó la poderosa influencia, introduciendo en las pompas del culto la música o las danzas autóctonas. El idioma sufrió también ciertas modificaciones, adoptando algunas veces indígenas y el peculiar diminutivo del criollo, al mismo tiempo que los vulgarismos de la soldadesca dominadora (la confusión de la *ll* con la *y* y la suplantación del *vosotros* por el *ustedes*, la diptongación de ciertos hiatos, el *voceo*, etc.) Conservó, sin embargo, a través de todo el continente, una unidad que no tenía en España, donde otras lenguas o dialectos le disputaban la supremacía.

Las letras siguieron, naturalmente, la tradición española, pues las literaturas indígenas, populares y orales, no podían constituir verdaderos modelos. Pero el medio y las circunstancias impusieron a sus cultivadores sus sugerencias especiales. En el

primer periodo de la conquista, ciertos capitanes o monjes, refirieron o contaron los formidables acontecimientos de que eran actores o testigos. Bernal Díaz del Castillo (n. hacia 1492) describe, en su **Historia de la Conquista de Nueva España**, la dominación de Méjico y los esplendores del imperio azteca; Alonso de Ercilla (1533-1596) canta, en **La Araucana**, la áspera lucha con los bravos indios chilenos; al mismo tiempo que algunos misioneros hacen la crónica de las campañas, describen las costumbres de los aborígenes o estudian sus lenguas. Luego, muchos poetas o rimadores, como el español Juan de Castellanos (n. en 1522) en sus **Elegías de Varones ilustres de Indias**, los chilenos Pedro de Oña (n. en 1570 en **Arauco Domado**, Hernando Alvares de Toledo (1550-1633) en **Purén Indómito**, el extremeño Martín del Barco Centenera (1535-1602) en su **Argentina**.... continúan la epopeya de la conquista, en tanto que numerosos cronistas, como el inca Garcilaso de la Vega (1541-1615) en sus famosos **Comentarios Reales**, el chileno Fray Alonso de Ovalle (1602-1651) en su **Histórica relación del Reino de Chile**, prosiguen la narración de los sucesos bélicos o la pintura de las cosas del nuevo mundo. Estos escritores pertenecen, sin duda, a la literatura española; pero como algunos eran criollos y todos se ocupaban de acontecimientos que tenían por campo el nuevo continente, pueden también ser considerados como los autores **primitivos** de las letras hispanoamericanas, y su obra como la epopeya heroica de esas letras.

En los siglos de la Colonia, la vida se modificó y, con ella, el carácter de las poblaciones. La paz y el despotismo organizado, que sucedieron a la lucha y la violencia, aflojaron los espíritus, haciéndolos caer a menudo en la incuria y la molición. Sin embargo, todas las actividades sociales, particularmente las artes y las letras, siguieron desarrollándose, estimuladas por la enorme riqueza que daban las minas y el cultivo de la tierra. Las capitales de los virreinos se tornaron ciudades importantes, en que había una corte fastuosa y una vida rutinaria, pero espléndida, que alegraban de tiempo en tiempo las fiestas civiles o religiosas con sus pompas fantásticas. En Méjico y en Quito prosperan escuelas de pintura y escultura, que extienden su influencia a los otros países, y cuyos representantes crean obras realmente bellas o al menos curiosas. Así, por ejemplo, el mejicano José Juárez, autor del famoso lienzo de **San Justo** y

San Pastor, el quiteño Miguel de Santiago (m. en 1662) que pintó un notable Cristo en la **agonía**, para lo cual, según la tradición, llegaría al exceso de sacrificar a su modelo. En las grandes ciudades los plateros ocupaban calles especiales, en que exhibían trabajos primorosos. Los de Méjico hicieron en 1625 un papagayo de oro, plata y pedrería que fué estimado en 15.000 ducados.

Entre tanto, las letras que, siguiendo el gusto imperante en la Metrópolis, adoptaron la modatada culterana y, en particular la poesía que se tornara cortesana y conceptuosa, eran cultivadas en todas partes con entusiasmo. Entre sus numerosos representantes, por lo común simples imitadores, se destacaron algunos poetas o prosistas singulares, o siquiera interesantes. Así la religiosa mejicana Juana Inés de la Cruz (1651-1695), considerada como uno de los más altos líricos de la lengua; el gran dramaturgo, mejicano también, Juan Ruiz de Alarcón (1581-1639); el colombiano Hernando Domínguez Camargo (m. en 1656), que logró curiosos romances; el peruano Juan de Espinosa y Medrano (1629-1688), autor de un **Apologético**... de las **Soledades**, que Menéndez y Pelayo calificara de "perla caída en el muladar de la poética culterana" (1), y otro peruano, Juan de Valle y Caviedes (m. en 1692) iniciador de la poesía festiva, característica de Lima. Reveláronse, al mismo tiempo, muchos cronistas y autores religiosos, y, posteriormente, dos cultivadores eminentes de las ciencias físicas y naturales: el jesuíta chileno Juan Ignacio Molina (1740-1826), autor de la famosa **Historia Natural y Civil de Chile**, y el colombiano Francisco José de Caldas (1770-1816), que dirigió el primer observatorio astronómico americano.

Empero, al mismo tiempo que las letras cultas, habían penetrado en América la literatura popular y, en general, el folklore de España, traídos por la soldadesca de la conquista, y en estas expresiones del alma metropolitana la influencia del medio y del espíritu indígena se impusieron poderosamente. El romance interpreta acontecimientos locales, las consejas y aún los cuentos populares se adaptan al nuevo ambiente (el diablo ¿no viste en ellos poncho?), las coplas se ajustan a las melodías au-

(1) Antología de Poetas Hispano-americanos. Tomo III.

tóctonas, como el yaravi quechua; en tanto que las creencias supersticiosas se combinan con la mitología indígena, originando todo un folklore de supersticiones curiosas o mitos originales, como el bicho luminoso, que custodiaba los tesoros, o las Ciudades del Oro (el Dorado o los Césares), que provocaban continuamente expediciones alucinadas. En la música y, sobre todo, en las danzas, el elemento negro impuso también su influencia. Entre los mulatos nació, en Lima, la zamanca (zamba clueca), y en Colombia, el bambuco.

La época colonial, tan denigrada, fué, pues, un periodo de espíritu religioso y de arte, de leyenda y de creación hasta cierto punto vernácula, por todo lo cual corresponde a la Edad Media de los pueblos europeos. Desgraciadamente, esta fecunda época no ha sido aún bien estudiada. Los historiadores han comentado sus acontecimientos con la rigidez o la ironía de la incomprensión, y los críticos, aún Menéndez y Pelayo, han considerado su literatura de manera superficial y con no pocos prejuicios. Esta literatura no es, por cierto, más que una rama de las letras españolas, pero muestra ya ciertos rasgos característicos. El gusto inmoderado del preciosismo, por ejemplo, ¿no corresponde a la fantasía indígena que exornaba y policromaba aún la complicada arquitectura churrigueresca? Además, como los autores eran criollos, esta literatura puede también ser considerada como la segunda etapa de las letras hispanoamericanas, y sus representantes como nuestros escritores medioevales.

INFLUENCIAS EXTRANJERAS Y RENACIMIENTO NACIONAL

Así un mundo nuevo, en parte europeo, en parte indígena, se constituía con admirable unidad, a través de todo el continente. Una sociedad que, si no aparecía ya puramente española, era latina por las mismas razones que España: por la cultura de base antigua y por el catolicismo, verdaderos factores de la latinidad. En el siglo XVIII ese mundo mostraba, más o menos por todas partes, manifestaciones de verdadera importancia y caracteres asaz definidos. Las ciudades principales, en que había grandes centros de enseñanza, bibliotecas, teatros, imprenta, periódicos, albergaban un movimiento intelectual y ar-

tístico considerable y singular, a la vez que una vida culta, en las clases altas, fastuosa, bastante característica. Los viajeros europeos ilustres, que visitaron entonces esos países, están de acuerdo en ponderar la fineza y vivacidad del espíritu criollo, la importancia de algunas universidades donde había cátedras de lenguas indígenas, el esplendor de las iglesias y de ciertos monumentos, la singularidad de las costumbres y del culto religioso.

Sin duda, el absolutismo del Gobierno, que cerraba la puerta al comercio extranjero y no permitía la introducción de toda clase de libros; el fanatismo de la Inquisición, que perseguía la libertad del pensamiento; la estrechez de la enseñanza jesuítica, que no salía del empirismo y del clasicismo, habían limitado el desenvolvimiento de las nuevas sociedades. Pero esa misma rigidez, ¿no había contribuido a dar cierta unidad a la raza y cierto sello a la cultura? Luego, todo eso no era tan estricto como se cree, particularmente después de la expulsión de los jesuitas. Los hombres que en el alba del siglo XIX, se alzaron por todas partes en anhelos de libertad, con simultaneidad que demuestra la unidad espiritual de aquel mundo, se habían formado en las universidades acatadoras celosas de la ley, y muchos habían podido leer a los enciclopedistas franceses, sin salir de sus países. Esos hombres fueron los primeros representantes del vigor de aquel mundo nuevo, y uno de ellos, Bolívar, la encarnación de su posibilidad suprema: el genio. ¿Cómo es posible, pues, que los americanos de hoy pretendan disculpar sus errores, atribuyéndolos a taras étnicas?

La revolución de la Independencia dió a la América española, con la soberanía, la posibilidad de tornarse un gran pueblo. No produjo en seguida, sin embargo, los buenos resultados que era lícito esperar. Aprovechando una ocasión imprevista, la emancipación había sido realizada prematuramente. Aquel mundo, de cultura en formación, no estaba preparado para la vida soberana y libre. La idea salvadora de Bolívar: la confederación continental, no pudo realizarse, y el espíritu de la raza perdió su vasto imperio. La constitución de las diversas regiones en estados desligados entre sí, quitó al Nuevo Mundo la unidad y la cohesión que aseguraban su homogeneidad y su fuerza; en tanto que las nuevas ideas, tomadas de los enciclopedistas franceses o de los estadistas angloamericanos, desvia-

ron hasta cierto punto la cultura de su cauce tradicional, y que la libertad de comercio, con la consiguiente invasión de las manufacturas europeas, perjudicó el desarrollo de las artes vernáculas. Entonces empezó un período de desorientación, de anarquía, de caudallismo, que durante largos años debía contrarrestar el natural engrandecimiento de las jóvenes Repúblicas. Empero, este desorden y esta descomposición no eran profundos. La lengua, la religión y la tradición ya vigorosas, mantenían la unidad y conservaban el carácter de aquel mundo en conmoción.

A pesar de todo, la literatura continuaba ciñéndose a las normas y al gusto de la antigua Metrópoli, a la vez que avanzando en su natural desenvolvimiento. Verdad que, durante los años de la revolución, los escritores son escasos y no producen más que trabajos de índole política, inspirados por las circunstancias. Pero luego aparecen, casi en todos los países, no pocos poetas o prosistas, algunos de los cuales verdaderamente notables; así el humanista Andrés Bello (1780-1865), venezolano residente en Chile, que sobresale en los estudios gramaticales y legales, en la crítica y la poesía; los poetas José Joaquín Olmedo (1780-1847), ecuatoriano, que canta con elevado acento la victoria de Bolívar, José M. de Heredia (1803-1839), cubano, que celebra la naturaleza americana, José Eusebio Caro (1817-1852), colombiano, que logra una obra considerable. Todos se ajustaban más o menos al neoclasicismo imperante a la sazón en España, inspirándose en Lúca, Moratín, Quintana, y en los maestros del siglo de oro o en ciertos autores antiguos como Virgilio; las influencias francesas o inglesas se circunscribían en ellos al dominio de las ideas políticas. Sin embargo, estos escritores que colaboraban en la formación de las nuevas naciones, que reflejaban el ambiente de libertad y de inquietud, se diferencian bastante de los autores españoles de la época. Ellos son, en realidad, los clásicos de las letras hispanoamericanas.

Al mismo tiempo, la poesía y la música populares, y, en general, todas las formas del folklore seguían manifestándose y entusiasmado a la colectividad, en tanto que las artes o industrias vernáculas: la platería, el tejido, la alfarería, etc., continuaban suministrando al pueblo sus alhajas, sus vasijas, sus bayetas, sus ponchos, su complicado y lujoso arreo para el caballo. En cuanto a la arquitectura, seguía construyendo en

torno del patio y al amparo del corredor tradicionales. Aunque políticamente emancipada, la América perpetuaba, pues, la herencia española, y, bien que iniciada ya en el progreso europeo, no olvidaba la tradición criolla.

A mediados del siglo XIX el romanticismo europeo, que había penetrado varios años antes, extendió su influencia sobre las letras de todas las jóvenes Repúblicas. El sentimiento de la naturaleza, el espíritu de libertad, la inclinación a la melancolía que caracterizaban tal movimiento, encontraron terreno propicio en esos países de belleza natural estupenda, que acababan de realizar la proeza de su independencia y que prolongaban la tristeza del alma indígena. Por todas partes se revelaron, pues, poetas elocuentes o fervorosos, cantores de la naturaleza y la libertad o intérpretes de su propio corazón atormentado: en la Argentina, Esteban Echeverría (1805-1851), que fué el primer representante de la nueva modalidad, José Mármol (1818-1871), imprecador del tirano Rosas, Olegario Andrade (1841-1882), en Cuba, Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873), Juan Clemente Zenea (1832-1853), en Colombia, Julio Arboleda (1917-1861), Rafael Pombo (1833-1912), en Méjico, Ignacio Rodríguez Galván (1816-1842), Ignacio Altamirano (1834-1893), Manuel Acuña (1849-1873), en Uruguay, Juan Carlos Gómez (1820-1884), Alejandro Magariños Cervantes (1825-1893), en Venezuela, Abigail Lozano (1821-1871), en Chile, José Antonio Soffia (1843-1884), etcétera. Manifestárcense al mismo tiempo, en diversas repúblicas, novelistas llenos de pasión y del amor de la tierra, como el colombiano Jorge Isaacs (1837-1895), que escribió una narración idílica, *María*, cuyo frescor dura aún, el ecuatoriano Juan León Mera (1832-1894), el chileno Alberto Blest Gana (1830-1920); historiadores o publicistas, fogosos propagadores de las doctrinas liberales, como los argentinos Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), incorrecto pero de visión genial, y Juan Bautista Alberdi (1810-1884), el ecuatoriano Juan Montalvo (1832-1889), vigoroso y atildado; los chilenos José Lastarria, (1871-1888), y Francisco Bilbao (1823-1864), el mejicano Ignacio Ramírez (1818-1879).

Sin duda esos poetas mostraban más elocuencia descabellada que verdadero lirismo, estos prosistas hacían ver más reminiscencias de lecturas que ideas o inspiraciones propias; pero todos denotaban la fantasía o el vigor característicos de la nue-

va raza, y algunos como Sarmiento, Montalvo, Isaacs, Zenea, afirmarían personalidades vigorosas. Los poetas se inspiraban en Espronceda, Zorilla, Bécquer, al mismo tiempo que en Hugo Byron o Leopardi; los prosadores seguían a Lamartine, Comte, Edgard Quinet, a la vez que a Mariano José de Larra y a los maestros del siglo de oro. Todos, sin embargo, mostraban un gusto por las cosas de la tierra y una atención por los problemas locales, que los hicieron concebir el feliz designio de nacionalizar la literatura. Ellos son los **románticos** de las letras americanas.

El gusto del romanticismo por la vida primitiva y las épocas legendarias indujo entonces a ciertos escritores a inspirarse en el pasado indígena o colonial en tanto que el auge que alcanzaba, en España, la literatura de costumbres cultivada por Larra y Mesonero Romanos, llevó a muchos a ocuparse de las formas características y pintorescas de la vida americana. Magariños Cervantes en **Caramurú y Celiar**, Juan León Mera en **Cumandá**, Juan Zorilla de San Martín (n. en 1855) en su poema **Tabaré**, escriben obras de inspiración indígena; al mismo tiempo que los colombianos Eugenio Díaz (1804-1865) en **Manuela**, y Tomás Carrasquilla (1827-1894) en **El Abrazo**, A. Blest Gana en **Martín Rivas... El ideal de un calavera**, etc., Ricardo Palma (1833-1919) en **Tradiciones peruanas**, escriben novelas o narraciones históricas o de costumbres, algunas de las cuales adquieren gran boga en todo el continente.

Entre tanto, la poesía popular continuaba por todas partes su carácter autóctono, ya interpretado en el romance los acontecimientos locales, ya modulando en la redondilla o la décima la melancolía o la malicia del alma criolla. En los países del Sur, Argentina, Uruguay, Chile, esta poesía florece en la característica forma de la paya o payada, especie de justa lírica entre dos improvisadores rústicos: payadores. Luego, aliada al costumbrismo, la vena popular origina, en el Río de la Plata, el género semiculto denominado gauchesco, representado por los argentinos Hilario Arcasubi, Estanislao del Campo y, sobre todo, José Hernández (1834-1886), que lo ilustra con un poema. **Martín Fierro**, en el cual sus compatriotas reconocerán una epopeya nacional. Por cierto esta bisona literatura vernácula, culta o semiculta, no pasó a veces de la improvisación y cayó a menudo genuina de las letras hispanoamericanas.

Las nuevas tendencias habían sido, pues, fecundas, y sus representantes habían cumplido labor meritoria, y en todo caso, bien inspirada. No obstante, el romanticismo no había hecho más que modificar la actitud sentimental o ideológica, sin influir sensiblemente en las formas: la elocución, la composición, el verso, y la literatura de costumbres se había limitado a pintar la exterioridad pintoresca, sin interpretar hondamente el alma de la raza. Tales corrientes no lograron, pues, dotar a las letras hispanoamericanas de un espíritu, de un carácter ni, menos aún, de un estilo propios, capaces de diferenciarlas fundamentalmente, de tornarias autónomas. Pero dieron origen a la interpretación del ambiente del Nuevo Mundo e inflamaron la curiosidad por las modernas literaturas extranjeras. Juan Clemente Zenea tradujo a Leopardi, y el venezolano Pérez Bonalde (1846-1893), vertió por primera vez en español, *Buch de Lieder*, de Heine.

Las jóvenes repúblicas, que veían entonces decrecer la plaga de la tiranía y las revoluciones, reasumían el proceso de su desarrollo y engrandecimiento. Chile, que excepcionalmente se había formado en la paz gracias a las condiciones del territorio que obligaban al hombre al esfuerzo por la vida, albergaba una prosperidad que aumentaba día a día; la Argentina y el Uruguay, reforzados por la inmigración europea, se desenvolvían prodigiosamente, en tanto que Méjico, bajo un régimen dictatorial, pero en cierto sentido inteligente, veía florecer la acción y la riqueza. El periodo industrial se iniciaba con sus ventajas y sus perjuicios. La cultura moderna se imponía con sus beneficios y sus limitaciones. El utilitarismo suplanta los antiguos valores espirituales, instaurando el despotismo de la plutocracia; en tanto que el positivismo, adueñado de la enseñanza, combate la tradición en su más firme representante; el catolicismo. De ahí nacen dos vicios fatales: la ansiedad de riqueza, que provoca la relajación de las costumbres, y el descastamiento, que origina el olvido de la solidaridad continental. Pueblos en los cuales la tierra sobra y los hombres escasean, se querellan por cuestiones de fronteras, yendo algunos al extremo de despedazarse en guerras fratricidas. Y esto en momentos en que un terrible peligro gravitaba ya sobre el continente: el imperialismo de los Estados Unidos que había desmembrado a Méjico e impuesto a todas las Repúblicas una ley aviesa, que no serviría más que sus propios planes: la doctrina Monroe.

EL ALBA DEL MODERNISMO

Hacia 1880 la desorientación era general y aguda. En nombre del Progreso, idolo a quien rendian culto no sólo los librepensadores, sino también los católicos, se demolían los monumentos coloniales, se refaccionaban bárbaramente las viejas iglesias, se tiraban las bellas cosas de antaño. En aras del patriotismo local se negaba la unidad y aún la existencia de la raza hispanoamericana, que con tan admirable concierto y solidaridad, realizara el prodigio de la independencia. No obstante, la raza permanecía inalterable: sus elementos primordiales eran los mismos, pues a medida que la inmigración europea aportaba contingentes blancos, los indios o los gauchos que se civilizaban agregaban factores indígenas. Solamente el elemento negro, que persistía en el trópico y se extinguía en el Sur, marcaba cierta diferencia, aunque menos que la existente entre algunas regiones de las viejas naciones europeas. Empero nadie comprendía que la solidaridad continental era indispensable para poder resistir a la voracidad de las grandes potencias imperia listas y ¿quién se daba cuenta de que el progreso y la tradición pueden y deben acordarse en todo pueblo que merezca este nombre? El ideal en las naciones, como en los individuos, no es, por cierto, únicamente el hacerse ricas y poderosas, sino además y sobre todo, el afirmar una personalidad que les permita un cabal florecimiento y les dé la cohesión y la fuerza indispensables para sobrellevar las pruebas de la rivalidad internacional.—En medio de este descastamiento, las letras, a pesar de sus alardes de independencia, permanecían aún, por razón de la comunidad del idioma, vinculadas a la literatura española. Pero esta literatura, que en el siglo XVII había dado la norma a la Europa, no conseguía sacudir su decadencia y no podía ofrecer ya a las jóvenes repúblicas modelos correspondientes a su inquietud y a sus aspiraciones. La fogosidad del romanticismo no había conseguido reavivar en ella la antigua llama. Poetas y prosistas continuaban, por lo general, adheridos a la letra, que no al espíritu, de los maestros de antaño, repitiendo los

clisés gastados, perpetuando la retórica caduca: la elocución vanamente pomposa, la composición entravada de convencionalismos, el verso isócrono y elocuente. Esterilizábase así en el círculo vicioso de las repeticiones, sin tomar ejemplo sin darse cuenta siquiera del gran movimiento renovador que se iniciaba en las principales naciones europeas, particularmente en Francia, y que debía modificar el aspecto del arte literario. Verdad que en la prosa se insinuaba ya, con las primeras obras de Valera, Pérez Galdós, Pereda, una corriente de realismo vigoroso, que debía regenerarla. Pero en la poesía no se avistaba ni un albor. Los nuevos poetas, Campoamor, Núñez de Arce, Bartrina, aportaban mucho menos que Bécquer. Así, pues, los escritores de América, que seguían más o menos a los autores españoles, y particularmente los poetas que imitaban al lírico de las *Rimas*, prolongaba un retoricismo insubstancial o un romanticismo lloriqueador, que no podían ya encender los entusiasmos de ayer. El hombre americano removido desde la revolución, por tan diversas corrientes de ideas, y que, como producto de varias razas, poseía una sensibilidad más viva que la del progenitor español, y tenía ya su espíritu crítico agudizado, necesitaba actitudes más sinceras, modalidades más amplias, adecuadas a su complejidad y a su ansiedad de cultura.

Dejando de lado a los autores españoles que no tenían ya gran cosa que sugerirles ciertos poetas jóvenes se volvieron entonces hacia los nuevos escritores franceses, impregnándose, no sólo de su sensibilidad y sus ideas como lo hiciera la generación anterior respecto de los románticos, sino también de sus procedimientos, lograron aportar a las letras un soplo de novedad, una chispa de fuego creador. Y bien que obrando aisladamente, sin conciencia ni programa, consiguieron determinar, por pura virtud de la oportunidad, todo un movimiento de reacción contra la retórica caduca y el romanticismo falso, en anhelos informados pero evidentes de sinceridad de renovación, de afirmación de la personalidad. El primero de estos iniciadores fué el mejicano Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895). Educado en el culto de la tradición literaria y religiosa, comenzó, niño aún, por escribir poemas en que se revelaba ya lírico auténtico, pero en que reflejaba también a los maestros españoles de antaño y hoy. Mas luego, habiendo descubierto a los modernos poetas franceses, lee con fervor a Musset, Gautier, Banville, Coppée,

Mendés, y pone en su abundante producción: versos, cuentos crónicas, un brillo singular, una gracia afinada, una elegancia moderna insólitas en las letras del instante. Elegiaco y místico por temperamento, romántico si se quiere, mas no a la manera de sus predecesores, canta la caída de las ilusiones, repite la eterna pregunta de Segismundo, dice la tristeza del vivir y la dulzura de renunciación, con acento nuevo y en forma delicadísima ("Tristísima Nox", "Castigadas", "Monólogo del incrédulo", "Las almas huérfanas", "Después"). Pero también visual, voluptuoso, humorístico, como sus maestros parisienses, rinde culto al amor mundano, a la frivolidad, a la fantasía ("Primera página", "De blanco", "Tres Amantes", "Para el corpiño", "La misa de las flores"), o ensalza la galantería y la vida elegante ("Prólogo", "La Duquesa Job", "Para un menú", "La Muñeca"), con arte y espontaneidad encantadoras, logrando introducir en el verso las cosas humildes, cotidianas, o los detalles refinados de las costumbres modernas. La elocución convencional, la lengua gastada, el verso anemiado de los rimadores coetáneos, toma en sus creaciones, como por encantamiento, pureza de cristal, esplendores de pedrerías, palpitación de carne voluptuosa. Y todo ello con la más clara sinceridad y dentro de la más pura corrección. Este innovador, que era un poeta personal, respetó la lengua y no se contaminó de esa objetividad impasible que proclamaban sus maestros parnasianos; en sus poemas más frívolos hay un perfume sentimental suave, pero penetrante.

Un cubano, José Martí (1853-1895), aunque también poeta, desplegó sobre todo su acción renovadora en la prosa. Ideólogo, animador nacional, jefe de las aspiraciones nacionalistas de su país, hizo continuamente, entre los azares de una vida errante y breve, labor múltiple de periodista, tribuno y poeta. Muy culto, conocedor de la literatura española a la vez que de las letras extranjeras, hasta el punto de escribir en inglés, derramó en sus trabajos, con muchas ideas nuevas y fecundas, raudales de observación personal, de sensaciones modernas, con gusto y fugacidad incomparables. Dió así a la prosa una nitidez, un color observado y una flexibilidad muy raras en el momento. Si su estilo se conforma en general a la amplitud y la reciedumbre tradicionales, muestra también (particularmente en sus cuentos para la infancia, como esa deliciosa "Muñeca Negra") una riqueza de matices y una limpieza de convencionalismos que lo

hacen a veces modelo de escritura moderna. Como poeta manifiesta emoción intensa en forma singularísima, que da al sabor de la poesía popular, la elegancia de la lírica moderna. Sus **Versos Sencillos** revisten así aspecto inconfundible entre la producción coetánea ("La Niña de Guatemala", "Los Zapatitos de Rosa", etc.) Pero estos poemas, que aparecieron en 1891, en edición limitada, no pudieron ejercer la influencia de la labor en prosa del autor. Menos aún su segunda colección, **Versos Libres**, que permaneció inédita hasta 1910.

Otro cubano, Julián del Casal (1863-1893), aunque fiel aún a los maestros españoles, manifiesta en su primer libro **Hojas al viento** una rara riqueza de expresión y un anhelo de novedad que lo induce a suspirar por los países exóticos, las gentes desconocidas ("Nostalgias"). Verdad que este libro apareció en 1890, cuando el nuevo movimiento estaba ya definido, pero muchos de sus poemas fueron publicados en revistas anteriormente. Las colecciones más importantes de Casal: **Nieve**, **Bustos** y **Rimas**, aparecieron más tarde aún, en 1892 y 1893, respectivamente, pero en ellas interpreta el pensamiento torturado, la sensibilidad exasperada y el gusto por los refinamientos del hombre moderno, como nadie lo hiciera todavía ("Neurosis", "Páginas de vida", "Nihilismo"), contribuyendo así poderosamente a orientar, o siquiera a enriquecer, aquel movimiento.

Salvador Díaz Mirón, mejicano (1853-1928), se inspiraba en Víctor Hugo, mas no tan sólo en el vate grandilocuente, sino además en el imaginista magnífico y en el cincelador del verso que dió la pauta al Parnaso contemporáneo. Potente, verboso, pero también fino y artista, publica poemas de un esplendor verbal, de una riqueza de imágenes y de un acento personal extraordinarios; la mayor parte fogosos y elocuentes ("Gloria", "Sursum", "A Víctor Hugo"), mas algunos también simplemente delicados ("A unos ojos"). Bien que su colección famosa, **Poesías**, apareciera en 1895, casi todos estos poemas habían sido publicados mucho antes, de manera que Rubén Darío pudo saludar al poeta, en un soneto triunfal, como a un joven maestro: en 1890 (1).

El colombiano José Asunción Silva (1861-1896), aunque muy influido por Bécquer, empezó también en este tiempo a manifes-

(1) Azul... segunda edición, publicada en Guatemala.

tarse en composiciones de una suavidad y una emotividad que denotaban cierto conocimiento de la poesía inglesa. Su obra verdaderamente personal, prodújola algo después, pero desde sus comienzos aportó un lirismo de pureza extraordinaria, intérprete de los recuerdos de la infancia, de la tristeza de los sueños frustrados, del enigma de la vida, lirismo que culminaría en "Crepúsculo", los Nocturnos "Midnight dreams", etc. Posteriormente, aportó además una forma nueva, que el mismo Rubén Darío debía cultivar: el verso libre con ritmo fijo ("Nocturno III"), y la tendencia a inspirarse en el folklore, en las cosas viejas tradicionales ("Los Maderos de San Juan", "Vejecces") que debía ser seguida en nuestros días. De modo que este poeta tiene también un puesto señalado entre los iniciadores del nuevo movimiento. Hay que mencionar todavía al salvadoreño Francisco Gavidia (n. en 1864), por su feliz iniciativa en lo que se refiere a la reforma métrica. Habiéndose dado cuenta de la contextura polifona y bicesurada del moderno alejandrino francés, comunicó en 1883 sus observaciones a Rubén Darío y ambos se dieron a adaptar aquella forma a nuestro verso de catorce sílabas. Pero no se sabe a punto fijo quién de los dos lo hizo primeramente, pues el mismo Gavidia ha declarado que en esto su memoria no le ayudaba (2). En su primera colección, "Poesías", aparecida en 1884, Gavidia incluye tres poemas en la nueva forma: "La Investigación de lo Bueno", "La Defensa del dios Pan", "Stella" (traducida de Victor Hugo).

El aporte de tales innovadores consistió, sobre todo, en la sensibilidad moderna y en el gusto afinado, que los llevaron a renovar, a modernizar la elocución, limpiándola de clisés y vanas galas, enriqueciéndola con eso que caracteriza la escritura nueva: la notación de las sensaciones personales. En la poética, su acción se redujo a la introducción de la rima rica y de ciertos temas desconocidos, pues la tentativa de Gavidia no arraigó en seguida. Su labor no significaba, pues, más que el primer paso en la renovación indispensable.

Entonces apareció Rubén Darío. Dotado de los más altos dones del lirismo y del arte, este poeta, que encarnaba por la se-

(2) "Los nuevos Versos de la América Latina". Centro-América Intelectual, junio, julio y agosto 1909.

gunda vez en América la chispa creadora del genio, dió conciencia y amplitud al movimiento con el ejemplo de una obra excepcional, incomparable en la literatura de la lengua, y, después de suscitar el entusiasmo de la juventud, de vencer la resistencia de los viejos retóricos, impuso la nueva orientación en todo el continente y luego también en España. Nuevo Orfeo encantador de ruiseñores y domeñador de fieras. Es un error, sin embargo, el dar solamente a Rubén Darío el título de iniciador de aquel movimiento conocido con el nombre de modernismo, y de reservar a sus precesores el de precursores. Todos son, en realidad, iniciadores, bien que no en igual grado. Gutiérrez Nájera y Martí cumplieron una labor espontánea y trascendental (Díaz Mirón hizo también obra espontánea, mas sin trascendencia duradera). Por el contrario, Casal y Silva no produjeron su obra realmente nueva sino después de la aparición de *Azul*... de Rubén Darío, y ambos reflejaron en algo la influencia del joven maestro: Casal, en muchos de sus últimos poemas, particularmente en algunos sonetos; Silva, en "Un Poema" aun cuando esta pieza se ajuste a los conocidos versos de Hmédee Pommier (1), y sobre todo en algunas de sus prosas poemáticas que delatan ostensiblemente la lectura de *Azul*... (2). El mismo Díaz Mirón concibió su nueva manera de estricta perfección formal, manifiesto en *Lascas*, gracias al ideal parnasiano divulgado ya por Rubén Darío y por Casal. En cuanto a Gaviola, su acción se limita a una iniciativa que tal vez no fué él el primero en poner en práctica.

El movimiento modernista no empieza, pues, en 1888, con la aparición de *Azul*..., como se ha dicho, sino hacia 1880, con la producción innovadora de Gutiérrez Nájera. Sin duda, durante los primeros años, su desarrollo fué reducido y coexistió con el romanticismo aún triunfante. Pero esto ocurre en el comienzo de todo movimiento literario: débil en su aurora, tiene que esperar algún tiempo para poder suplantar al anterior. Cierto también que en esos años penetraron en América el naturalismo y otras corrientes extranjeras.

(1) J'ai revé maintes fois de faire une élégie-digne de trouver place en quelque anthologie...". Roberto Liévano: "Algo sobre Silva", *Cultura*, Caracas, octubre, 1918.

(2) Lástima que todas estas prosas, muy bellas, no hayan sido incluidas en el volumen de *Poesías*, publicado en Barcelona, en 1908.

Pero tales novedades entraron a integrar el modernismo, pues este movimiento no seguía solamente al parnaso y al simbolismo franceses, sino a todas las manifestaciones de la renovación literaria que conmovía a la sazón las letras europeas. Los escritores americanos que se inspiraban en la estética naturalista, como el uruguayo Carlos Reyles o el mejicano Federico Gamboa, pertenecen, pues, al modernismo, con igual título que los que seguían a D'Annunzio o a Ibsen, como el venezolano Díaz Rodríguez o el uruguayo Florencio Sánchez.

Suscitado por las nuevas literaturas extranjeras, el modernismo se resintió de desarraigamiento, de gusto exagerado por lo lejano y lo exótico. En esto correspondía, por lo demás, el descastamiento general de la cultura, que en los últimos veinte años del siglo XIX y en el alba del presente llegó al extremo de perder toda conciencia del destino común de los pueblos hispanoamericanos y de mirar con suprema indiferencia los peligros que amenazaban a estos pueblos. La política imperialista de los Estados Unidos pudo entonces avasallar a Cuba, anexionarse Puerto Rico y acaparar la zona del futuro canal de Panamá, sin provocar mayores críticas en la prensa y todavía con el beneplácito de los diversos Gobiernos. Semejante actitud debía, sin embargo, traer consecuencias desastrosas para el porvenir de la América latina. De allí, en efecto, la acción desembozada de los Estados Unidos en sus designios de dominación, por una parte, y por otra la conducta venal de ciertos políticos hispanoamericanos dispuestos a vender la soberanía nacional por un puñado de dólares.

Empero la tendencia al desarraigamiento, en el movimiento modernista, era consecuencia de circunstancias ocasionales, y por tanto, superficial. Así, cumplida su obra de renovación de las formas, dió origen a un nuevo movimiento encaminado precisamente a luchar por la autonomía de las letras al mismo tiempo que por la integralidad de la patria hispanoamericana, y de su seno surgieron los hombres que debían encausar la cultura en su lecho tradicional, y, oponiéndose al alud del imperialismo extranjero, rehabilitar el ideal salvador de Bolívar: la unión de los pueblos del Nuevo Mundo latino, que les permitirá cumplir su destino en el futuro.

EL FIN DE LAS OLIGARQUIAS LATINOAMERICANAS

Manuel Ugarte

En lucha con las universidades, las organizaciones obreras, la prensa independiente y todo lo que representa un fulgor de pensamiento o de conciencia libre, las vacilantes dictaduras del General Uriburu en la Argentina, de M. Machado en Cuba, y de todos los autócratas latinoamericanos, tienen sus días contados ya. Mas la caída prevista, no resolverá el problema que entraña el fin de un régimen. Las repúblicas de origen español y portugués sufren una tiranía que retrasa el desarrollo de sus individualidades. En la Argentina, por ejemplo, quince familias poseen, ellas solas, 2'773.760 hectáreas de tierras, cuyo valor puede ser calculado en tres mil millones de francos. Los déspotas no se imponen sino como los representantes de estas oligarquías que absorben la vitalidad nacional, bajo la protección alternada del imperialismo inglés o del imperialismo norteamericano, de los que se benefician, sin saber —o mejor sabiéndolo bien— que esto constituye el atropello de la expansión económica.

Los tumultuosos trastornos en el personal político no han cambiado jamás el fondo de las cosas. Y por encima de las sacudidas, y a través de los nombres envejecidos o nuevos, se ha visto perpetuarse, con ligeros matices, desde los tiempos coloniales, y a través de la independencia —casi siempre artificial— la misma dominación semi-plutocrática, semi-feudal, de aquellos que se hacen la ilusión de encarnar a la nación porque se identifican con el estado de cosas que les conviene.

La evolución económica ha sido de hecho detenida en su punto mismo de partida. El colonialismo se perpetúa a pesar de la autoridad nominal. Las repúblicas más prósperas no han hecho sino exportar los productos de su suelo y adquirir en el exterior los objetos manufacturados. Esto sin encarar el más elemental plan para desarrollar o equilibrar los intereses ge-

nerales del país. Con excepción de la agricultura y de la ganadería —ya bien comprometidas, desde luego— todo ha sido abandonado a la iniciativa y a los capitales extranjeros.

Algunas exportaciones no dejan entre nosotros sino el precio de la mano de obra, pagado miserablemente. Las fabulosas minas de Bolivia, del Perú, están vaciadas por canales invisibles, sin que estas regiones se hayan beneficiado de ninguna manera. Las repúblicas sudamericanas no son ricas, en realidad, sino por los sindicatos cosmopolitas a los cuales una agrupación reducida de nacionales se adhieren, para mantener su preeminencia en las concesiones más perjudiciales y onerosas. Cada iniciativa de valorización es el resultado de la venta a una compañía extranjera de una nueva porción del patrimonio nacional. Los ferrocarriles, el petróleo, la industria frigorífica, que controla la exportación del ganado, los bancos, los trusts —y dentro de ciertos casos, aún las aduanas mismo— todo ha sido entregado al imperialismo anglo-sajón.

La inmensa masa de ciudadanos trabaja sólo para asegurar los dividendos de los accionistas de New York o de Londres, o para costear a un grupo privilegiado de ellos, el sostenimiento de una vida fastuosa en cualquiera de los grandes centros europeos.

Sólo su riqueza inaudita ha podido permitir a la América Latina que soporte, durante tanto tiempo esta intoxicación, conservada en jaque por la vitalidad de su organismo. Pero el desorden mundial, habiendo precipitado los acontecimientos, restringe la venta de sus productos en los mercados del exterior, el cambio se desploma y una situación angustiosa, pone en evidencia las taras de los viejos sistemas esclavizantes.

Y esto es lo que ha determinado la advertencia a las únicas fuerzas que el imperialismo no ha tocado aún: el pueblo y la juventud. Y así es como las modernas generaciones, salidas en partida de los grupos privilegiados, se alzan y protestan contra toda injusticia, y adoptan (como en las vísperas de los grandes acontecimientos) ideas avanzadas y se empeñan en rejuvenecer las Universidades, transformándolas en los mejores focos de renovación.

Sorprendidas por estas actitudes casi inesperadas, las viejas oligarquías comprenden, de cualquier manera sus errores, e incapaces de perdurar más, miden sobre todo, el peligro que corren delante de una agitación que no es política ya, sino so-

cial únicamente. Sin embargo apelan aún a sus dos recursos clásicos: la opresión violenta y las concesiones engañosas.

En el primer caso, se suprimen los organismos de la prensa libre que honradamente luchan contra ellas, como lo hicieron con **Crítica y Libertad**; se veja y se encarcela a los universitarios rebeldes como aquellos de Buenos Aires y del Plata; se reclutan a milicias voluntarias "encargadas de mantener el orden"; se fusila a los ciudadanos en plena calle, como en la Habana, donde estudiantes y obreros viéronse obligados a cortar las corrientes eléctricas y sumergir en la obscuridad a la ciudad para poder escapar a la persecución de la policía.

En el segundo caso, se intenta dar a la opinión pública satisfacciones aparentes. Pero a pesar de todo, los políticos son los mismos; sin embargo, a medida que las posibilidades se deslizan hacia la izquierda, se les ve temblar y enrojecer. Y lo mismo que en España, que sobre la caída inevitable de la monarquía merodeó la diligencia de los viejos cortesanos que se atropellaban al rededor de una república que no existía todavía, así en América Latina se siente la inminencia de las horas nuevas por la actitud artificialmente "liberal" de algunos conservadores de marca.

Ni la fuerza ni la astucia no podrán, sin embargo, desviar el empuje poderoso del extremo izquierdista. Esto se deja sentir desde la Argentina hasta Méjico, donde el movimiento agrario y anti-imperialista inquietan al gobierno que se esfuerza por sostenerse ayudado por la influencia de los Estados Unidos y de las potencias del terror.

Numerosos son los síntomas que anuncian ya el fin de este estado de cosas. Bajo la crisis económica las oligarquías se disgregan, así como el pretorianismo y los vanos simulacros parlamentarios. La atmósfera se enrarece también para los políticos que cultivan la paradoja y aspiran a figurar en la vanguardia sin cortar los lazos con el pasado. La acusación de extremismo no asusta a nadie. Y delante de la paralización de las exportaciones, las huelgas, las deudas, los déficits —todo, resultado de la quiebra de los gobiernos— parece que la confusión dentro de la que se debate la América Latina, sólo hallará su remedio en la ayuda de los hombres nuevos y de los nuevos ideales.

Con tan magnético nombre vió la luz, en París, esta elegante revista editada en español, bajo la dirección de una distinguida mujer que lleva un conocido apellido de abolengo argentino: Elvira de Alvear.

Sin jactancias ni alardes, sencillamente, este organismo intelectual expresa el noble fin que se propone —realizado ya desde sus comienzos, según se ve— y que constituye la difusión de la cultura mundial en todos los países del habla castellana.

"IMAN será dirigido a centralizar norte y sur como lo denota su título, atraerá hacia sí todo individuo capaz de propagar energías y hará conocer los escritores; a todos los reunirá en su campo magnético". Palabras que sugieren la idea de su orientación, a la que han concurrido a dar inmediata eficacia y notoriedad los nombres de ilustres escritores de la joven moderna generación centralizada en la consagrada Villa Lumière.

Allí están, pues, León Paul Fargue, Jean Giono, Lazcano Tegui, ese raffiné vizconde de alma nómada y gaucha a quien Benjamin Carrión, en su MAPA DE AMERICA, colocó en la zona cordial, fronteriza de aquella otra en la que está, arraigada en su ancestro azteca, la figura singular y lírica de Jaime Torres Bodet, y junto también —en la misma latitud de elección crítica— a la línea del equinoccio espiritual que cae en Pablo Palacio, el humorista y magro; y a la otra línea nórdica, donde yergue su exquisitez intelectual Teresa de la Parra, la imponderable y linda. Allí están: Xul Solar, Bruno Barilli, Vicente Huidobro, el creacionista, nostálgico de Montparnasse; Henri Michaux, el joven y original escritor belga, quien, en años anteriores no más, pasó por aquí, por Quito, la antigua Corte de Atahualpa (*C'est vrai, Michaux, que l'Equateur n'est-ce pas un pays des sauvages, et non plus c'est un enfer?*) en exodo de estudio, de conocimiento y de exotismo; Jaime Torres Bodet que hace la dádiva de un pintoresco cuento autóctono, Robert Desnos, que en un analítico estudio interesante, exhuma, con paladas de fina penetración psicológica, el viejo cadáver del joven y tenebroso autor de los CANTOS DE MALDOROR, aquel Conde de Lautreamont, transplantado de las americanas playas rioplatenses a las brumosas parisinas, de cuyo impenetrable y misterioso espíritu lo mismo fluyen llamaradas de asombro, de terror y de atracción. Eugenio D'ors, Miguel Angel Asturias, Eugene Jolas, el poeta Benjamin Fondane y otros notables intelectuales, aportan en IMAN su valiosa y nueva colaboración en la obra iniciada.

*
* *

Más, a un lado de esta floración magnífica del pensamiento renovador moderno, se halla —y esto para nosotros, los habitantes de Hispano-

América, es lo más interesante— los conceptos que, para responder a un motivo orgánico, generosamente planteado en la revista, y que tiene relación con el conocimiento de nuestra vida, emiten algunas mentalidades europeas.

El extracto general de esos conceptos, converge, aunque a una sabida ya, pero siempre desconsoladora realidad, que es esta: el Continente que descubrió Colón y colonizó España, vive aún, para casi la totalidad europea *d'outre ocean*, en las mitológicas y misteriosas brumas atlántidas. Y esta *boutade*—que así parece, pero inadmisible ya en los momentos actuales, y que se renueva incesantemente— es lo que la actitud de una minoría ilustrada del extranjero quisiera desvanecer, sustituyéndola por las realidades verdaderas.

“De América Latina, Europa conoce los tangos. Recientemente una orquesta cubana que ha visto y escuchado en las actualidades sonoras del cinematógrafo, le ha traído otro alimento estético. Conoce un poquillo, también, el arte de los antiguos indios mayas, aztecas o incas, pero le cuesta trabajo pensar en una superposición del indio sobre el latino. Para ella, América Latina es un conglomerado de colonias españolas que se han descarriado, y donde viven, en alguna parte, en el fondo de las selvas vírgenes, los salvajes que Cortés no degolló. El desarrollo del idioma en relación con las ideas es tal que esas modificaciones vivaces y fértiles rebotan sobre la literatura española, que ha permanecido inerte, y confío en que llegará a promover en la península un cambio intelectual que también, por vías de regreso, propiciará un renuevo de la vida, traído por las modificaciones económicas y sociales. En todo caso puede preverse el tiempo en que, lejos ya de ser colonias españolas, las naciones de América Latina invadirán culturalmente a la madre España. G. Ribemont Dessaigues”.

“Si no vivimos el tiempo suficiente para asistir a la realización total de los anhelos que habrán de nacer en esa efervescente tierra virgen y fértil, al menos tendremos, lo afirmo, la certidumbre de que ese rincón de tierra será el teatro de acontecimientos formidables, en la evolución del estado social del mundo. Pero importa ante todo que la evolución de América se lleve a cabo en un plano social. Lo que nos interesa en las conmociones de ese continente no es saber que un general ha sido fusilado por orden de otro general; que la “libertad” ha sido hallada, una vez más, por un partido al derribar otro partido político, que, a su vez, salvará la libertad en la ocasión próxima. Lo que nos interesa es el destino del cortador de caña cubano, del sembrador de café del Brasil y de sus obreros, del peón de ganadería argentino, del minero peruano, del viticultor chileno. En cuatro palabras: el destino del proletariado. Robert Desnos”.

“A pesar de que esté de moda la arqueología precolombina y que México pase por ser el clásico país de las revoluciones palaciegas; a pesar de que una cantidad de gente que antaño bailaba el tango, frecuente ahora los bailes antillanos, sólo se posee en Europa una noción muy vaga de ese continente, que se cree muy remoto y dotado de una singular aureola, cuyo resplandor fabuloso está realizado por las penitencia-

rias de las Guayanas, y, por otra parte, el tráfico de mujeres para Buenos Aires, factores estos bien popularizados por la literatura criminal. Por lo que puedo juzgar, América Latina, en general muy católica, tendría mucho que ganar (y más especialmente que cualquier otra tierra) si adquiriera mayor independencia espiritual. Como en España la austeridad de América Latina es terrible, y resulta triste que esa austeridad pese justamente sobre un continente cuyos pobladores son tan bellos. . . . Dejándome llevar por la misma corriente, de tono más o menos profético, llegaría hasta a decir que América Latina —antigua tierra clásica de los sacrificios humanos— resulta feudo de elección para instaurar en ella una civilización, en cierto modo más violenta que la nuestra, y, sin duda, más directa y más sana. **Michel Leiris**".

"He podido constatar, a pesar de mi juventud relativa, que América Latina, con un poder que crece cada día, se esfuerza por sacudir el yugo que Europa o los Estados Unidos puritanos quieren imponerle. . . . Lo que debe afirmarse con fuerza es que América Latina debe dejar de volverse hacia el continente europeo, que conserva ante sus ojos un prestigio incomprensible. Tiene el deber de precisar cual habrá de ser su verdadero destino; está hoy bastante segura de sí misma para exigir una completa autonomía. . . . ¿Pero acaso debemos desesperar? No lo creo. La visión que tenemos de esas tierras extrañas, a las que se atribuye un clima demasiado rudo, nos obliga a pensar que la violencia y la rapacidad de los blancos de Europa serán desarmadas por la misma naturaleza. Lo que sentimos amargamente es carecer de medios de comunicación. Lo ignoramos casi todo, pues cada vez que nos llegan visiones de América Latina, es siempre a través de un espejo. **Philippe Soupault**".

Estas son, en síntesis y aisladamente, las ideas vertidas en artículos diferentes, entre otros, por estos escritores que se interesan por asimilar y difundir en las masas europeas —masas de selección cultural, claro— el conocimiento verdadero de nuestras realidades biológicas.

Duele, pues, por una parte, nos cala hasta el hondón del alma, como la dilecta expresión de Unamuno, la lamentable idea que existe —y existe en las clases cultas!— en Europa acerca de la América Hispana. Así como también, por otra, nos alegran, el pensamiento y los anhelos —fundados en los estudios conscientes y racionales— que los mismos escritores tienen, y que vienen justamente al encuentro de nuestras esperanzas realizables en el futuro —no hipotético— lejano o cercano, de la evolución americana.

Como se ve, hoy, en pleno novecientos, aun la existencia de América, está rodeada de leyendas, de mitos fantásticos y de falsas historias hilarantes, propagadas por el desconocimiento absoluto, y absolutamente consciente y voluntario de la cultura europea, ya que ella mismo, arraigada —por qué? por egoísmo, indiferencia, desinterés?— en sus milenarias preocupaciones, no ha querido seriamente llegarse, por las rutas que le ofrece la latina racialidad de nuestro continente —rutas de estudio, de comprensión, de análisis, de trasplante espiritual— a su vida en evolución, en efervescencia.

Bajo el sol del siglo, esta vasta extensión territorial, se muestra tal cual es: con su origen, con su historia, sus fuerzas ancestrales, sus luchas políticas, económicas y sociales, con toda su vida en potencia de mejoramiento, a los ojos de todas las civilizaciones.

Efectivamente, M. Desnos, aquí en América hay que esperar el advenimiento —quien sabe si esbozado ya— de una nueva cultura que —el tiempo lo sabrá— esté llamada a imprimir qué rumbos en la vida de los occidentales pueblos ya cansados y seniles. Nos augúranlo así: los elementos constitutivos de nuestra raza y la conciencia, que va ganando cuerpo, cada vez mejor, en el espíritu mismo de nuestros pueblos ávidos, de su destino presente y futuro. Pero es natural, la realización de estas actividades civilizadoras, habrá de efectuarse en relación con el tiempo vivido y la eternidad del que le queda por vivir a América, (y aquí es necesario recordar que apenas es esta una niña de cuatro siglos) es decir lentamente, mientras las razas existentes, con el concurso de las europeas seleccionadas, se fusionen, se fundan en este crisol maravilloso, para dar el tipo verdadero y genuino de la raza americana.

El sentimiento de unidad continental, va agrandándose, en proporciones evidentes, en el espíritu de nuestras generaciones, y esto es la fuerza racial psicológica que mueve a nuestras naciones, de la frontera de Méjico hasta el Cabo de Hornos, al desarrollo, según su potencialidad económica, de su propia vitalidad; a él van, con plena conciencia de su valor en el concurso de la existencia mundial; con el convencimiento de la misión que cada una de ellas está llamada a desempeñar dentro de sus horizontes locales, y dentro también de los continentales, a los que se deben mutuamente por el indestructible parentesco étnico de su origen. Y, si antes, el capitalismo angloamericano, apadrinado por la satrapía caciquista de algunos descastados magnates —que aquí se han llamado Presidentes y políticos— ha permitido la incursión nefasta del poderío imperialista del Norte, ahora, toda el alma de hispanoamérica reacciona formidablemente contra las tentativas invasoras; toda el alma hispanoamericana, erguida a la altura de su dignidad racial, serena o colérica, se sacude de todas las influencias extrañas, de todo exotismo, de todo gregarismo que no convenga a la elaboración de su proceso político, económico, religioso, social y cultural.

Estamos, pues, en América, en gracia, en fuerza de acción, que es la fuerza del perfeccionamiento. Y ya sea por su historia, por la curiosidad —aunque muy superficial y de orden puramente fantástico y pintoresco— ya también por el sólo renombre comercial que pueda haber adquirido en las otras partes del mundo, ha entrado, habrá de entrar ésta en el rol de las civilizaciones existentes. Y es necesario explicar, aun cuando lo sabemos, a una minoría reducidísima de inteligencias europeas, que a través de sus fronteras urbanas han puesto sus oídos a este rumor de vida que fluye de este lejano continente, que los habitantes de América, de 400 años, lo repetimos, son los habitantes de cualesquier otra parte del mundo, habitantes cuya vida, a pesar de todas sus luchas, religiosas o políticas —pero inevitables y, tal vez, justificables, en el camino de su evolución, de su formación mismo— se desarrolla movida por la potencia virgen de sus anhelos de perfeccionamiento, por la fuerza incontenible de sus esperanzas futuras. Y así, aquí, en América, también, en el espíritu de sus hombres, arraigan profundas proce-

paciones —casi siempre coronadas por éxitos que adquieren resonancias mundiales— de órdenes científico, artístico, social, político, que dan la medida de nuestras posibilidades culturales.

Un oleaje de falsas leyendas, de grotescas **boutades** que, felizmente, vientos de realidades vienen deteniéndolo, ha sido lanzado desde hace mucho tiempo, por la venalidad y estupidez cosmopolitas, sobre nuestra América. En la abrumadora, ingente bazofia de la literatura de explotación, de la literatura al alcance de las más enmarañadas fantasías y tupidas mentalidades, la audacia inescrupulosa de los **globe trotters** de las cuatro latitudes cardinales, ha sabido pintar y pinta aún, para el snobismo europeo, una América Hispánica que no es, ni se parece siquiera a la que en verdad conocemos, en la que vivimos, y en la que se desarrolla —camino de su mejoramiento y perfección— nuestra vida, en nada diferente de las humanas actuales europeas.



EL CORREO DE ULTRAMAR

Hugo Moncayo

**BOLIVAR JUZGADO POR EL
GENERAL SAN MARTIN, por
el doctor Jesús Arocha Moreno.
Edit "Elite".—Caracas.**

Hay situaciones ingratas que fermentan la protesta a nuestro pesar. Tipo de ellas es el juicio que para los americanos colombianos tiene que merecernos la acrimonia y las afirmaciones de los exclusivistas rio platenses. El libro del señor Arocha Moreno nos representa airosamente y al fustigar al equivoco Mitre con su sana razón, logra también de paso, caído el ídolo, despedir al colegio de levitas de tan curiosa academia. ¿No recordáis aún la facha donjuanesca y vulgarota de un cónsul García o Sixto García que estuvo entre nosotros algunos años y luego, en su patria, escribió algo así como una milonga bárbara contra el Libertador en la más pobre moneda de conocimiento que se lanzara a la circulación?...

Los Garcías de esta índole son hijos putativos de los Mitres y necesitan expender sus averiadas producciones, recomendándose al bajo pueblo que gusta la atmósfera densa del regionalismo fetichista y turiferario.

Muy loable nos parece que un estado trate de nacionalizarse o sea de crear su espíritu público no solo dependiente de las normas jurídicas que dan la comunidad de raza, de historia, de idioma y de creencia. Comprendemos bien que un país que carece de esta armonía, aspire a conseguirla a través del tiempo: es su más justo deber el fomentarla como muscular expresión de solidaridad. Pero que para cumplir este propósito se recurra a la diatriba que amengua el valor de los vecinos y desnaturaliza sus auténticas glorias, para que así, las propias adquieran algún

relieve, constituye un peligro y una advertencia. El historiador Presidente de la República, asegurando por medio de uno de sus ministros, que la "Argentina tiene más vínculos con Europa que con las demás naciones de América", niega su historia que mandó un incienso barato ante los países que la inmigración despobló. Del cruzamiento surgirá un hibridismo especial: todas las razas confundidas crearán una nueva: estos hombres que han recibido directamente el maná mosaico, no podrán desconocer que el misionero español dulcificó la pampa y que el gaucho con su bartardo dialecto sin carácter ni sello de buena ley, antes que nada, representa la tierra, que es América.

El "sajonizarse" de Sarmiento es el europeísmo **rastacuero** de Mitre y el americanismo puro de Alberdi. Por eso, hace bien el señor Arocha Moreno al deducir de esta tendencia que "un país que reniega de su raza, tiene necesariamente que inventar una historia que no es la suya".

Los políticos de ahora han comprendido perfectamente que este falso divorcio en nada puede honrar a tan rico como extenso territorio y —hay que confesarlo con satisfacción—, se apresuran a sudamericanizarse, se declaran nuestros hermanos y rinden homenaje a Sucre y a Bolívar. Sin embargo, continúan fabricándose un San Martín que no existió nunca ni en esencia ni en acto; aspiran a imponer su idioma o jerga lugareña; importan un método sociológico especial para tratar sus problemas y llegan a robustecer a tal extremo su egolatrismo, que hasta a pensadores como Bunge imponen la mordaza del miedo ante el peregrinaje sombrío que sin lugar a resistencia tienen que emprender quienes,— como el altísimo Alberdi ya citado—, saben hablar con el supremo desinterés del genio.

Y contrastan indudablemente estos exclusivismos con las nuevas ideas de confusión de fronteras, de directa inteligencia de los pueblos a los pueblos, necesitados de compenetrarse para una armónica defensa ante colectivos e inminentes problemas.

* *

Este libro significa el análisis más acertado que hasta el día se ha escrito de la tan discutida entrevista de Bolívar y San Martín. El acoplamiento de datos históricos es completo; el criterio con que se los ha empleado, si bien anticipa su dictamen.

presume de sereno y aparece como imparcial. Desde luego que, de Larrazábal y Mitre a nuestros días, algo ha podido cobrar la independencia del juicio en mengua del chauvinismo lugareño y así, la Historia de la Independencia está casi terminada en lo que a sus afirmaciones fundamentales se refiere. Es difícil pues falsearla con ostentación y quienes lo hacen se exponen al desaire de cuantos inteligentemente aprecian estas cuestiones.

Bueno y oportuno homenaje al Libertador, este libro del erudito y valiente profesional venezolano: nuestro modesto aplauso le llega sin reservas de ninguna clase. Hace falta en los bolivarianos obras como la publicada por el doctor Arocha. El lirismo de la epopeya nos ha ensordecido y por esto, al cabo del tiempo, aparecemos aun como una turba patrioterica y gritadora, pero sin un justo conocimiento histórico, de suerte que cualquier archivero de opacos lentejuelos puede ante el gran público más con su empolvada vestimenta, que los brillantes uniformes del verdadero narrador. Por eso los historiadores son raros entre nosotros; sobre todo si no vamos a confundirlos con esa pléyade de buscadores de papeles viejos, de copistas de trastienda, a quienes si sobra acuciosidad y constancia, falta es píritu crítico, elevación mental y equilibrada pluma.

Para terminar esta reseña bibliográfica, consignaremos que el prólogo, escrito por el señor don Víctor Hugo Escala, nuestro Ministro en ese país y bolivariano de raza, cumple los dictados de su objeto y valoriza más aun a su autor: es elegante en su manera y sagaz en su pensamiento, ilustrado en el juicio y rotundo en sus afirmaciones fundamentales.

ARCHIVO DEL GENERAL MIRANDA. Edición ordenada por el Gobierno de Venezuela, a cargo del doctor don Vicente Dávila.—Caracas.

No se puede negar que la adquisición de los 63 Tomos de Documentos del Precursor de parte del Gobierno de Venezuela, constituye un acontecimiento notable para la historia contemporánea. Miranda es el americano que mayor actuación ha desarrollado en Europa desde el descubrimiento hasta nuestros días: su Diario, sus papeles, son invaluables tanto para la cau-

sa emancipadora como para una completa averiguación de los sucesos revolucionarios de Francia a fines del siglo XVIII. El salvarlos del olvido y munificientemente difundirlos, demuestra una civilizada concepción de la cultura.

Todos sabemos que el Generalísimo don Francisco de Miranda, llamado por antonomasia El PRECURSOR, tuvo ocasión de probar en su larga vida el filo de su espada,— fué “la espada de la Gironda”— puesta al servicio de la consagración de los principios del 1789; y luego de una brillante carrera por las Cortes europeas,—en las que obtuvo honores y vivió galantes horas de amor,— quiso ensayar la vacuna de los nuevos derechos en la postración de la anemia colonial.

Pero lo que ignorábamos es la vida misma de este hombre singularísimo y calumniado, sus días en Europa, sus manejos independizadores y su erranza a través de los países amigos para obtener ayuda a sus proyectos; todo esto, al detalle, con certeza, con documentado conocimiento.

Miranda tenía la videncia de su fama y transportaba consigo—conste que más agitada vida que la suya difícilmente registra la Historia,—cuidadosamente guardados estos Papeles. Cuando a los cuarenta años de ausencia de Caracas llegó a ella en 1810, le acompañaban; y cuando dos años más tarde, en virtud de la Capitulación con Monteverde iba para siempre a cesar en su gloria odisea, su Archivo viajó rumbo a Inglaterra a bordo de la goleta SAPHIRE comandada por el Capitán Haynes y que fondeada en La Guayra esperaba sus órdenes.

El vencedor de Amberes no debía volver a leerlos. La goleta partió para Curazao y el Gobernador Hogson, considerándolos de importancia, los remitió cuidadosamente a Lord Bathurst Ministro de Colonias de la Corona, y quien al retirarse a la vida privada, los llevó a su residencia de Cirencester en donde han permanecido un siglo.

El Ministro de Venezuela ante el Quirinal, doctor Caracciolo Parra-Pérez, en 1926 tuvo noticia del hallazgo de estos documentos y partió para Londres, ya que ellos podían completar sus estudios anteriores sobre el Precursor y comprobando su autenticidad, negoció a nombre de su Gobierno su adquisición.

Ahora se ha comenzado a imprimirlos bajo la mirada del doctor Vicente Dávila, erudito Archivero Nacional de Caracas.

Hasta la fecha se ha publicado ocho volúmenes, correspon-

dientes los siete primeros a lo que comprende la Primera Etapa, pues el plan general de la obra,—63 tomos,—que lo sintetizamos por significar el mejor elogio de su importancia el difundirlo, es el siguiente:

PRIMERA ETAPA: Viajes. De 1750 a 1805. (Son 26 Tomos).

SEGUNDA ETAPA: Revolución Francesa. Desde 1792 hasta 1808. (18 Tomos).

TERCERA ETAPA: Negociaciones: De 1770 a 1810. (19 Tomos).

CUARTA ETAPA: Complementaria de la obra. En esta serie se ha dispuesto la copia de documentos propiedad de la Biblioteca de Caracas, más los ya publicados por el Marqués de Rojas. (3 Tomos).

No tenemos para qué ponderar la inapreciable suma de noticias que ellos encierran: se ha respetado el idioma en que fueron escritos: generalmente francés, inglés, alemán y español y constituyen un maravilloso acervo de datos para los estudiosos de la Historia y admiradores del mártir de la Carraca y favorito de Catalina.

BIBLIOTECA DE AUTORES HISPANOAMERICANOS

El Grupo América ha recibido las siguientes publicaciones, cuyo envío agradece efusivamente a los autores y personas que, de esta manera, simpatizan con sus fines americanistas:

ENVIO DE LA ACADEMIA NACIONAL DE ARTES Y LETRAS, DE CUBA

ANALES DE LA ACADEMIA NACIONAL DE ARTES Y LETRAS. Nos. 1, 2, 3 y 4, de 1929, y Nº 1, de 1930.

ANTONIO FRAIZAZ Y DE VILLAR: La crítica en la Literatura Cubana.— Discurso leído en la Academia.

JOSE MANUEL CARBONELL: Pedro Angel Castellón --poeta y rebelde—. Discurso leído en la Academia.

BIBLIOTECA DE AUTORES CUBANOS: Obras de Ricardo del Monte.— V. I.

CORONEL LUIS YERO MIMET: Carlos Manuel de Céspedes. Conferencia leída en la Academia.

SEBASTIAN GELEBERT y ANTONIO RODRIGUEZ MOREY: Discursos, leídos en una sesión solemne de la Academia.

JOSE MANUEL CARBONELL: Los poetas de "El laúd del Desterrado".— Quintero, Teurbe Tolón, Santacilia, Turia Castellón, Zenea. Discursos pronunciados en la Academia.

OBRAS COMPLETAS DE JOSE JACINTO MILANES. Tomo I —Poesías—. Obsequio de José Manuel Carbonell, Presidente de la Comisión Editora de las obras completas de Milanés.

**ENVIO DEL DIRECTOR DE EL ARCHIVO NACIONAL,
DR. VICENTE DAVILA. CARACAS**

BOLETIN DEL ARCHIVO NACIONAL, N° 43, de Noviembre y Diciembre de 1930; y Nos. 44, 45 y 46, de Enero a Junio de 1931.

BOLETIN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA, Nos. 51 y 52, de Julio a Diciembre de 1930; y N° 53, de Enero a Marzo de 1931.

OTROS ENVIOS

DR. J. PENZINE HERNANDEZ: Nuevos Conceptos sobre la Guerra a Muerte. Conversación histórica pronunciada en el Salón de la "Biblioteca 24 de Julio", de Trujillo, Venezuela.

ORESTES FERRERA, (Embajador de Cuba en los Estados Unidos y Delegado a la Sociedad de Naciones): **El Panamericanismo y la Opinión Europea**.

EL ARQUETIPO POETA: Del Pirineo y del Avila (Crónicas).—Editorial "Elite". Caracas.

FERNANDO PAZ CASTILLO: La Voz de los Cuatro Vientos (Poemas).— Editorial "Elite". Caracas.

FRANCISCO MARTIN Y GOMEZ: Mar sin Mar (Poesías).—Ateneo Segoviano. España.

DAVID J. GUZMAN: Instrucción Cívica y Moral Práctica.—Envío de la Biblioteca Nacional de El Salvador.

SOLIDARIDAD BOLIVARIANA

TELEGRAMA DIRIGIDO POR EL GRUPO AMERICA A SUS AMIGOS DE COLOMBIA CON MOTIVO DE LA REANUDACION DE RELACIONES DIPLOMATICAS

Quito, agosto 22 de 1931.

Señores:

Fernando González y Bernardo Puerta G., Medellín
Simón Latino y Miguel Rasch Isla, Bogotá
Guillermo Valencia y Arcesio Guevara, Popayán
Director de "Tierra Nativa", Bucaramanga.

El espíritu de Bolívar nos asiste. Su voz de conciliador habla perennemente a sus hijos. A su influjo llegaremos a constituir un solo pueblo de hermanos; los hermanos de América, orientados hacia gloriosos destinos. Ahora que nuestros gobiernos interpretan el sentimiento de sus pueblos, es justo que a quienes mantuvieron constante la llama de la herencia común y de una acertada comprensión de nuestros mutuos intereses, saludemos cordialmente.

El Grupo América estrecha la mano a sus ilustres amigos y les invita a proseguir en su labor americanista.

Hugo Moncayo, Alfredo Martínez, Augusto Arias, César E. Arroyo, Hipatia Cárdenas de Bustamante, Isaac J. Barrera, Luis Bossano, Gonzalo Escudero, Pío Jaramillo Alvarado, Antonio Montalvo, Oscar Efrén Reyes, Manuel María Sánchez, Miguel Angel Albornoz.

CONTESTACIONES RECIBIDAS

Medellín, agosto 24 de 1931.

Sr. Hugo Moncayo y demás amigos. Quito.

Estrecho abrazo americano. Somos suramericanos, el teatro de próxima expresión humana.

Fernando González.

Bogotá, agosto 24 de 1931.

Grupo América, Quito.

Rasch Isla ausente. Maestro Arciniegas daráles testimonio del inmenso cariño que aquí alienta para Ecuador. Abrazos.

Simón Latino.

Medellín, agosto 25 de 1931.

Señores:

Hugo Moncayo, Alfredo Martínez, Augusto Arias, César E. Arroyo y demás amigos. Quito.

En pedestal de oro, Bolívar estará siempre sobre el corazón de los buenos hijos de su genio. Su memoria grandiosa será eslabón indisoluble de amor que juntará perpetuamente nuestras almas en un ideal común de fraternidad y aprecio. Agradezco gentilísimo mensaje. Los saludo cordialmente.

Bernardo Puerta.

Bucaramanga, agosto 25 de 1931.

Señores:

Hugo Moncayo, Alfredo Martínez amigos del Ecuador. Quito.

Presididos por Bolívar, alentados por héroes Abdón Calderón y José María Córdova, ejemplarizados por nuestros grandes representativos —los Montalvos, Flores, Urbina y Alfaro, los Suárez, Murillos, Ospinas y Olayas— ustedes y nosotros nos acercábamos entrañablemente, corazón encima de intereses topográficos. Seguiremos igual que ustedes, trabajando armonía, cultura, solidaridad continental, sobre todo entre su gran patria, que espiritualmente es la nuestra, y ésta que quiere serlo de ustedes.

“Tierra Nativa”
Salazar Alvarez.